

JUAN ALCALDE

NOVELA CUBANA

HOJEA

Precio:

60 centavos

PUERTO PRINCIPE

IMP. "LA VICTORIA", CISNEROS 2

1902

6
7

ur

LOLITA

— NOVELA CUBANA —

ORIGINAL DE

Juan A. Alcaide



PUERTO-PRINCIPE

—
IMPRENTA "LA VICTORIA", CISNEROS 2

1902

Printed in Cuba



PQ 7389
A57L6

*Esta obra es propiedad
de su autor.
Queda hecho el depósito
que marca la Ley.*

550116
022, 38



AMK
177138

5

3846
5707

DOS PALABRAS

LA misión del prologuista no es hacer la crítica de la obra que prologa, es la mas grata de recomendarla á los lectores y aconsejar lealmente á su autor, si hubiere motivos para ello.

En un país como el nuestro donde la producción de obras originales es tan exígua, cuando aparece un libro, aunque su mérito sea relativo, de todos los labios deben salir frases alentadoras y todas las manos deben batir palmas, como estímulos necesarios al autor, sobre todo, cuando éste se presenta en el palenque literario abrazando el triple escudo de la modestia que ensalza, la sinceridad que enaltece y el patriotismo que eleva y dignifica.

El autor de LOLITA, ventajosamente

conocido como profesor de idiomas y periodista, hasta ahora no había ensayado su fecunda inventiva en obras de amena literatura. Hoy acude al campo de nuestras letras trayendo en la mano una novela de costumbres cubanas, género en el cual brillaron el insigne Villaverde, el correcto y arrebatador Suárez y Romero y tantos otros glorias de la patria literatura.

Esta obra tendrá todos los defectos que en ella quiera ver la crítica imparcial y serena, y aquellos otros que le vengan en ganas escudriñar á la pedantesca, presumida y envidiosa, para nosotros, que juzgamos siempre las obras ajenas con sentimiento anterior á toda crítica, LOLITA es una novela de gran mérito en cuanto representa un esfuerzo que rompe la monotonía abrumante de la controversia política, la no menos enojosa de las publicaciones didácticas, casi consagrada al despojo y tergiversación de obras extranjeras sin el mérito del propio estilo y el buen uso del idioma patrio, el mas hermoso de todos los conocidos y también el más vilipendiado por ignorancia supina en la mayoría de los que lo emplean y la displicencia de algunos doctos, baste decir que nuestro patriarca del estilo, Enri-

que Piñeyro, no hace gran caso de la pureza del lenguaje y que Manuel Sanguily, nuestro gran polemista, no se horroriza del contagio que cunde maravillosamente. Un escritor de gran porvenir... *modernista*, llama arcaico al benemérito Merchán, porque piensa y habla á la española. ¡Lástima, dirá, que hombre de tan gran inteligencia no piense y hable en nuestra jerga!

¡Pero, y Lolita dónde está! ¡Ah! cómo se plega su corazón á las variadas sollicitaciones del amor. Caritativa por intuición; hija obediente y cariñosa por temperamento; amante prometida, hasta el heroísmo; patriota á carta cabal. ¿Qué le falta á la gentil doncella para ser cubana á macha martillo? Una sola condición: Que en ninguna de las grandes crisis psíquicas de la delicada hija de don Pedro Ustariz, se acuerda ésta de Dios: Lolita no reza cuando sus grandes tribulaciones parecen anonadarla. El dolor engendra la fé, la fé la oración, la oración la esperanza, la esperanza el consuelo, éste la resignación, la resignación purifica y eleva; y, gracias á Dios, las cubanas son religiosas siempre, pero si el dolor las asedia, entonces llegan á la santidad. Una plegaria en los hermosos labios de la valerosa

sagüera, de heroína la hubiera convertido en santa.

Ahora mi consejo al autor de la linda novela. Cierta *yankee*, con más millones que Creso, le preguntaba un día al autor divino de *Eccelsior*: ¿en qué consiste, hombre regocijado, la perfección? El poeta le contestó sin vacilar: "la perfección es la acción, siempre la acción." Como cada hijo de vecino tiene el derecho incontestable—é inaguantable, algunas veces—de interpretar los pensamientos del prójimo, yo entiendo á Longfellow de este modo: Trabaja con fé y ahineo y vencerás. Los dichos y hechos de tus personajes son á veces superficiales: si meditas y observas, dirás con profundidad y ejecutarás grandes cosas.

Para todo ello tienes la veta marmórea descubierta: tu talento. Coge el cincel de tu pluma y trabaja, trabaja, que el laurel lo alcanzará tu mano.

TEODORO.



ESLITA

NOVELA CUBANA



PROLOGO

I

EN el segundo piso de una casa situada en la calle de Hortaleza, en Madrid, vivían por el año 1868, don Arturo Ledesma, su esposa doña Mercedes, y dos niños, encanto del joven matrimonio y de cuantos conocían á las graciosas criaturas:

El señor Ledesma, escribiente en el ministerio de Fomento, ganaba un sueldo de dos mil pesetas al año.

Con el objeto de aumentar en lo posible tan reducidos honorarios, el esposo de doña Mercedes, ocupaba las pri-

meras horas de la noche, y aún más, cuando era preciso, haciendo en su casa, algunos trabajos de escritorio que le proporcionaban los amigos; tales trabajos, si bien escasamente retribuidos, contribuían con su producto, al complemento imprescindible, para que pudiera la feliz familia, vivir con relativo bienestar económico.

En los seis ú ocho años que los amantes esposos hacía habitaban la casa, no dieron motivo por el cual pudiera dejar de considerárseles como un matrimonio modelo, cuyo principal cuidado, en la época que comienza este relato, consistía en iniciar en los primeros rudimentos de la ilustración, al revoltosillo Enrique y á la preciosa Clarita, incansables jugueteros que con sus infantiles gracias alegraban constantemente la morada de los señores Ledesma.

Quienes conocían á don Arturo, le citaban como un prototipo de honradéz y laboriosidad, y cualquiera de los vecinos, aseguraba á pie juntillas, que la dicha residía en el venturoso hogar de doña Mercedes Urbina de Ledesma.

Algún observador atento, quizá hubiera comprendido en el caracter amante de don Arturo, marcada propensión á ser dominado por los celos, defecto

que había causado no pequeños disgustos entre los esposos, pues la gran hermosura de doña Mercedes, incitaba con frecuencia la codicia de algunos impertinentes Tengrios callejeros que difícilmente eran ahuyentados por la digna seriedad de la señora Ledesma.

Estos disgustos no habían trascendido nunca al exterior, debido á la gran discreción de la cariñosa madre y fiel esposa.

II

Al oscurecer de un día del mes de Diciembre, se presentó en la estrecha portería de la casa, preguntando por doña Mercedes, un apuesto capitán de ejército. Enterado el oficial, por el casi maestro de obra prima con honores de portero, de que la señora por quien había preguntado, estaba en casa, subió el militar las escaleras apresuradamente, y no tardó un minuto en sorprender á su hermana.

—¡Andrés! ¿tú por aquí?—exclamó con alegría doña Mercedes.—¿Cómo no has avisado tu salida de Salamanca?, supongo que tus graves ocupaciones,—añadió con cierto retintín la cariñosa hermana,—no habrán sido tan impor-

tantes, que te impidieran escribir un par de líneas anunciando tu llegada.

—Muy poco ha faltado para que, creyéndome en Salamanca, os sorprendiera dándoos noticias más desde el Nuevo Mundo.

—El cariño que nos tienes, te hubiera impedido tal cosa.

—¿Qué puede el cariño, cuando se recibe una orden, como suele decirse, á raja tabla, y no hay más remedio que obedecerla? Justamente dispongo del tiempo necesario para dar un beso á mis sobrinos y despedirme de vosotros.

Veo que estás muy adelantada en tus preparativos para esta noche buena.

¿Y Arturo?

—No debe tardar; ha salido por casualidad; un compromiso que no ha podido evadir; pero nunca le oscurece del todo en la calle.

—Siento no poder demorarme. Son ya más de las cuatro, y á la media, he de estar en la estación del Mediodía, para tomar el tren que ha de conducirme á Cádiz, donde embarcaré inmediatamente para Cuba.

—¿Jesús, María y José! ¿Vas á Cuba? . . . ¿Quizá no vuelva á verte! . . .

—¿Por qué?

—¿Causa tantas víctimas aquel mor-

tífero clima para los europeos! pero . . . ¿qué necesidad tienes de embarcarte? . . . ¿no estás bien aquí?

—Parece que se han sublevado los naturales del país.

—¿Vas á la guerra?

—Formo parte de la primera expedición.

—¿Ay, hermano mio! No sé por que me entristecen tus palabras.

—No seas aprensiva; la mayoría de los militares que van á la perla antillana se libran de la terrible fiebre amarilla, enfermedad que ya se combate con éxito. Ea, no te aflijas antes de tiempo.

Arturo tarda y siento no poder esperarle para darle un abrazo con el cariño que merece quien es un verdadero hermano.

—¿Verdad que es bueno mi esposo?

—No pude figurarme llegaras á ser tan dichosa con él. Recordarás tenía fama de calavera y hasta

—Pero yo siempre afirmé, que sus sentimientos eran muy nobles.

—Tu opinión no podía tenerse en cuenta por demasiado interesada, puesto que podía considerarse como un reflejo de tu amor hacia él.

—No lo niego, pero ya ves como los hechos me han dado la razón.

—En fin, no puedo detenerme más; tú me despedirás de él, y al hacerlo, no dejes de participarle cuanto es mi pesar de no poder esta noche de Navidad, cenar un hermoso besugo, acompañado de los únicos seres que poseen mi cariño.

¿Cómo no siento á los niños?

—Míralos, juntos están en aquel sillón; los angelitos se han quedado dormidos.

El capitán se aproximó á ellos y depositó un beso en la frente de cada uno de sus sobrinos.

Doña Mercedes, mientras tanto, sacó de su pecho un escapulario,—recuerdo de su madre,—al volverse su hermano, se lo colocó en el cuello, y le dijo con voz muy conmovida: Dios te bendiga, hermano mio. Encomiéndate con frecuencia á esta imagen bendita del Sagrado Corazón de Jesús, prenda del cariño más grande que existe en la tierra. Tan hermoso amor te protegerá.

Tras estas palabras, se confundieron los dos hermanos en un estrecho abrazo, y los chasquidos de varios besos, mezclados con el ruido de los sollozos, interrumpieron el silencio que reinaba en la habitación.

El capitán necesitó hacer un gran

esfuerzo para desprenderse de los brazos de doña Mercedes, y sin decir una palabra, salió y bajó rápidamente las escaleras.

III

En el preciso momento en que doña Mercedes encomendaba á su hermano á la protección del santo amor de madre, entró don Arturo.

Le sorprendió ver la puerta entreabierta, y que su esposa no hubiera salido á recibirlo cariñosamente; los terribles celos que con tanta facilidad se apoderaban de su imaginación, comenzaron á turbar el cerebro del señor Ledesma. Mas aún acrecentó su asombro el oír hablar á su mujer. No explicándose tan rara circunstancia, que contribuyó á exaltar de modo extraordinario su enfermiza fantasía, entró muy quedo en el cuarto donde tenía costumbre de trabajar, el cual estaba comunicado con la habitación en que resonaba la voz de doña Mercedes, por una puerta vidriera. La semi oscuridad hacía aparecer confusos todos los objetos, y no le permitió distinguir las facciones del militar, pero oyó perfectamente las últimas amorosas palabras de su mujer,

las cuales le dejaron como petrificado. Al oír los chasquidos de los besos y comprender que su esposa abrazaba estrechamente á un hombre, un vértigo se apoderó de don Arturo, y sin darse cuenta de sus acciones, cogió un cortapapel metálico, que en forma de puñal había sobre la mesa-escritorio, y aún se oían los pasos del capitán bajando las escaleras, cuando el celoso marido, agarró por un brazo á su mujer, y antes de que la desgraciada señora pudiera darse cuenta de su horrible situación, oyó la irritada voz de su esposo diciéndole: Cuando un hombre de honor se entera de que su honra es arrastrada en el fangoso cieno del adulterio por una prostituta, la castiga así.

—¡Arturo, Arturo!, ese hombre es mi her.....

El puñalito quedó clavado en el pecho de la infeliz esposa que cayó al suelo sin exhalar una queja.

Don Arturo salió inmediatamente tras quien consideraba como el ladrón de su honra, creyendo lo encontraría cerca de la casa; al no ver bulto alguno, en la rápida ojeada que dirigió á derecha é izquierda, tomó al azar la dirección de los *Cuatro caminos*, y corriendo como un loco, atropellando á los pocos

transeuntes que á su paso encontraba, llegó hasta cerca del vecino poblado de Fuencarral, en donde, gastadas sus fuerzas por la exaltación y lo desatentado de su carrera, cayó exánime ante la puerta de una miserable choza.

IV

Poco más de dos años habían transcurrido desde que se realizó la trágica escena anteriormente relatada.

En las lomas de *Mojacasabe*, situadas en la provincia de Puerto-Príncipe, estaban acampados los insurrectos.

Un ginete, á todo el galope de su caballo, penetró en el campamento, y sin apearse del corcel, dijo, dirigiéndose á un joven de semblante enfermizo: Mi general, antes de cinco minutos se nos echará encima una columna, fuerte de más de mil hombres.

No tardaron en oírse los estridentes sonidos de varios clarines, los cuales pusieron en conmoción á cuantos estaban reposando la siesta.

El joven de tan delicada apariencia, se transformó como por arte de encantamiento; montó con ligereza sobre un

soberbio alazán, y á los centenares de hombres que le rodeaban, les dijo con voz llena: El enemigo está encima; oído á las órdenes y que cada cual cumpla con su deber.

—¡Viva Cuba libre!

—¡Viva nuestro general!

Estos vivas, fuéron contestados por el tiroteo sostenido de las avanzadas, en la parte baja de las lomas. Pocos momentos bastaron para que se generalizara el combate.

Las descargas cerradas, sólo eran interrumpidas por el fuego graneado, hasta que confundidos los combatientes unos con otros, se disputaron cuerpo á cuerpo la victoria, con gran valor y terrible encarnizamiento.

De pronto, se oyó una voz tonante: ¡Al machete, muchachos! ¡Al machete y viva Cuba!

Tres ó cuatrocientos ginetes, blandiendo el arma favorita de los cubanos, salieron de la próxima sierra para arrojarse con impetuosa velocidad sobre la columna enemiga; ésta, cuyos jefes al oír el grito de guerra cubano ordenaron la rápida formación del estratégico cuadro, esperó impasible, el furioso ataque de aquella admirable caballería, tan per-

fectamente organizada por el inmortal Agramonte. (1)

El choque fué espantoso.

Al mortífero chis, chas, de las armas blancas, formaban terrorífico acompañamiento, los insultos, juramentos y blasfemias que con voz enronquecida por el coraje se dirigían los guerreros.

El encabritarse de los corceles; el especial ruido de las armas al chocar unas con otras, que acrecentaba y disminuía con ritmo salvaje, á la orden de mando de los jefes y oficiales; el sordo y constante rumor que producen las jadeantes respiraciones de las muchedumbres agitadas; el conjunto de ayes, gritos y alaridos de quienes en un espacio relativamente pequeño, desarrollaban extraordinario valor colectivo para obtener la codiciada victoria, hacían de la hondonada de *Mojacasabe* como el remedo de gigantesca caldera en cuyo interior borbotaban las humanas exaltaciones, haciendo saltar en su continuado hervor cuerpos sanguinolentos que al caer sembraban de heridos y cadáveres el maravilloso suelo de *la mas hermosa tierra que ojos humanos vieron*.

(1) En este combate histórico, el ataque de la caballería insurrecta lo dirigió el general Máximo Gómez.

De cuando en cuando, algún caballo destripado por tremendo bayonetazo, huía lanzando relinchos de dolor, en dirección á la sierra, siendo inútiles los esfuerzos hechos para dominarle; y la mayor parte de las veces, caballo y caballero se estrellaban contra los corpulentos árboles, en cuyos troncos quedaban estampados horripilantes vestigios del jinete y del corcel.

Era tal el coraje desplegado por ambas partes, que parecía no iba á tener fin el desastroso combate, mientras hubiese un solo hombre capaz de manejar el fusil ó el rifle, la bayoneta ó el machete.

El sol parecía ocultarse en el horizonte, y aun no era posible decidir de quien sería la victoria.

Por fin, la noche calmando con su placidez el furor de los combatientes, envolvió á éstos y á quienes habían pagado con la vida su temerario valer, como un inmenso fúnebre sudario.

Retiráronse á sus respectivos campos, los que tan heroicamente habían luchado por el honor de sus gloriosas insignias, y comenzó la triste tarea de quienes con sagrada vocación se dedican á arrancarle á la muerte el mayor número posible de víctimas.

Algunos individuos pertenecientes á sociedades humanitarias, así como los sanitarios y médicos de ambas fuerzas, procuraban afanosos recoger á los heridos de entre los cadáveres que llenaban el sitio del combate.

Muchas horas duró tan lúgubre trabajo.

El sombrío silencio de la noche, era interrumpido á veces por los tétricos ayes de los moribundos. Entre éstos, fué auxiliado por unos camilleros insurrectos, un capitán de infantería española. Cuando era llevado al hospital de sangre, conociendo se acercaba el fin de su vida, suplicó á sus conductores, le dejaran en el lugar en que se encontraba, y fueran á suplicarle al jefe, se dignara venir, para confiarle sus últimos deseos. Pasaba por allí á la sazón un coronel, y los camilleros le indicaron lo que quería el moribundo capitán. El jefe insurrecto, les ordenó avisaran al general.

Movido por la compasión, se inclinó el coronel sobre el cuerpo del oficial español y casi al mismo tiempo se oyeron dos exclamaciones:

—¡Andrés!

—¡Arturo!

—¿Y mi hermana?

Al llegar el general, avisado por los camilleros, al sitio en que creía encontrar al moribundo oficial, ya éste había entregado su alma á Dios.

—Mi general,—le dijo el coronel:— las providenciales revelaciones, sólo para mí interesantes, que acabo de oír de la ya inerte boca de este capitán, me obligan á dejar las armas.

—¡Coronel!

—Suplico á V. no trate de variar mi propósito, porque me vería en el difícil caso de no poderle complacer.

El general, conocedor de la firmeza de carácter de don Arturo, y adivinando, por decirlo así, en las palabras del coronel algo extraordinario, le dijo: Tiene V. completa libertad de acción.

—Gracias, general.

V

Pocos días después, á las seis y media de la mañana, en el tren que desde Puerto-Príncipe iba á Nuevitas, tomaban asiento en un coche de 1.^a clase, dos caballeros, á uno de los cuales acompañaba una graciosísima niña como de diez

años de edad. El otro, cuyas facciones revelaban profundo abatimiento, no se movió del sitio que había ocupado, durante las tres horas empleadas por el tren en recorrer la distancia entre la capital camagüeyana y la ciudad ribereña.

Ya en Nuevitas, sacaron pasaje para el único vapor dispuesto á zarpar con rumbo á la Habana.

Aquella tarde, la niña vió al señor que desde Puerto-Príncipe venía siendo compañero de viage, paseándose triste y meditabundo, bajo la toldilla de popa.

Con la curiosidad propia de la infancia, y el atrevimiento de los niños mimados, ¿por qué estás triste? le preguntó al caballero. Este, sin contestar, pasó una mano por la rubia y sedosa cabellera de la niña.

Alentada por tal muestra de cariño, continuó la curiosilla: ¿Siempre estás serio?.... Papá también estuvo así hace mucho tiempo, pero ahora ya se ríe de vez en cuando.

¿Sabes cómo se hace para no estar triste?

—Yo nó, ¿tú lo sabes?

—Ya lo creo..... Cuando mamaita subió al cielo, papá se quedó muy triste, muy triste, y haciendo todos los días

el juego de la limosnita, se le pasó la tristeza. ¿A tí se te ha ido también tu mamá al cielo, verdad?.... Espera un poco.

Con infantil agilidad, la niña fué al camarote que para efectuar el viage había tomado su papá, y volvió enseguida con una pequeña caja de hierro, la cual se habría mediante una sencilla combinación.

—Mira qué bonita es.....tú no la sabes abrir, ni papá, y eso que él me la regaló, pero yo sí.....¿Tienes tú mucho dinero como mi papá?

—No sé si tendré tanto como él, pero tengo bastante dinero.

—Entonces, ¿quieres que juguemos á la limosnita?

—No me parece mal.

—Bueno, pues saca muchos pesos..... pero sácalos.

—El caballero á quien distraía la incesante charla de la niña, se avino á complacerla, y extrajo unas cuantas monedas de cinco pesetas, del bolsillo del chaleco.

—¡Tan poquitas!

—¿Quieres mas?

—Verás, verás cuánto dinero te voy á dar.

Graciosamente fué depositando en las

manos del caballero, algunas de las monedas que contenía la cajita.

—¿Pero tú, solo pones pesetas?

—Lo mismo que cuando juego con papá; pero cada peseta mia vale un peso tuyo.

—Ah!, eso es otra cosa.

—A ver, á ver cuantas pesetas he puesto en tus manos. Una, dos, tres, cuatro,..... diez y nueve y veinte. Ahora, tu pones veinte pesos, los juntas á mis pesetas, haces con todo un paquetito y cuando lleguemos á la Habana, buscas una familia, muy pobre, muy pobre, muy pobre, le entregas el dinero y verás como se te pasa la tristeza.

—Hermosa niña, dijo el caballero, besándole cariñosamente en la cabeza; guarda tus ahorritos; te prometo dar tantos pesos y pesetas como desees, á los pobres.

—Eso no vale, así no es el juego.

—No importa que se altere algo.

—Sí importa; además, me enfadaré contigo y te dejaré solo para que sigas triste.

Se aproximaba el papá de la niña, y ésta, corriendo hacia él, le dijo: Papá, este señor no quiere jugar conmigo á la limosnita.

Enterado el buen padre del capricho de su hija, suplicó á su compañero de viage, no contrariase á la niña, devolviéndole tan insignificante cantidad.

—¡Pero señor mio!.....

—Mi hija es una tiranuela á quien es preciso obedecer para no causarle disgustos, y es seguro que le produciría grave desazón el empeño de V. en devolverle el dinero.

—Siendo así, evitaré pueda alterarse la salud de tan encantadora criatura, sometiéndome á su caritativo deseo.

—¿Pero tu has de poner veinte pesos, eh?

—Sí querida niña, cumpliré religiosamente tan hermoso compromiso.

—Entonces se te pasará la tristeza.

Cuando se separaron, el padre de la niña se decía pensativo: ¿Dónde he visto esa cara?..... ¡Ah! sí, sí..... ahora recuerdo.... pero, ¿cómo ha venido á parar á la Isla?.... Después de todo á mí nada me importa.

Aún consiguió la graciosa niña, distraer á su amiguito triste, como ella le llamaba, durante el corto tiempo empleado por el vapor en llegar á la capital de la Isla.

El melancólico viagero, agradeciendo los esfuerzos hechos por la infantil cria-

tura para conseguir que alegrase sus facciones con una sonrisa, colmaba de caricias y pequeños obsequios á su caritativa compañerita.

En la Habana, los dos caballeros se despidieron afectuosamente y la niña obtuvo la formal promesa de su nuevo amigo, de avisarla, si la tristeza le desaparecía, cumpliendo el juego de la limosnita.

FIN DEL PROLOGO.



LOLITA

NOVELA CUBANA

Quien estudie con algún detenimiento á la mujer cubana, adquirirá la profunda convicción de que la delicada envoltura formada por su cuerpo ideal, encierra con mucha frecuencia un alma que es: Inagotable manantial de caritativos sentimientos; amante fiel del ser á quien dedica su cariño, é idólatra de su bellísima patria.

CAPITULO I

LA CASA DE DON PEDRO

Don Pedro Ustariz, rico hacendado, y su bellísima hija Lolita, habitaban una de las más hermosas casas de la calle Real, en la ciudad de Sagua la Grande.

Observando la riqueza de los muebles y los costosos adornos que por doquier engalanaban la espaciosa morada, podía comprenderse la buena posición pecuniaria del señor Ustariz, propietario de aquella elegante mansión.

Muchos criados, entre los cuales se distinguía el negro Pancho por su cariño á los amos, y por cierta autoridad que sobre los demás ejercía, ejecutaban con prontitud y agrado las órdenes más insignificantes del padre ó de la hija.

Don Pedro se complacía viendo en el rostro de su hija retratado el contento, y cualquier pretexto era causa suficiente para que se realizasen todos los deseos de la mimada criatura.

En cambio Lolita, soportaba sin demostrar demasiada pena, lo que ella denominaba "mi orfandad" y era la ausencia de su padre casi todos los años durante los meses de Enero y Febrero.

El señor Ustariz, aficionadísimo á las riñas de gallos,—esceptuando su hija—nada era capaz de hacerle desistir de ir á pelear diez ó doce gallos finos, durante el tiempo que él llamaba su temporada y que regularmente se limitaba á los dos primeros meses del año.

Casi á diario había en la mesa de don Pedro un comensal, gran amigo del pa-

dre y de la hija, llamado don Jerónimo, empedernido solterón, según opinaban las muchachas sagüeras.

A este señor, cuyos negocios bancarios le hacían uno de los individuos de mejor posición de la ciudad, aunque pasaba de los cuarenta años, su buena figura, y sobre todo sus grandes riquezas, le daban cierto derecho á pretender cualquier hermosa joven, lo cual fácilmente le concedían muchas mamás, que de buen grado le hubieran admitido por yerno. Pero don Jerónimo era poco amigo de fiestas, y sin duda alguna, le agobiaba un gran pesar, pues constantemente estaban veladas sus varoniles facciones por una especie de melancolía.

Sólo la presencia de Lolita, tenía el privilegio de hacer que del rostro del banquero desapareciese la seriedad, por eso quizá, el Nabab no perdía ninguna de cuantas ocasiones se le presentaban para estar al lado de la graciosa hija del señor Ustariz.

También don Pedro se atribuía gran influencia sobre don Jerónimo durante los meses que dedicaba á su anual excursión, durante la cual, decía el padre de Lolita, que sólo él, era capaz de sacar de sus casillas al taciturno banquero.

Lo cierto es, que la casa del señor Ustariz era como una segunda morada del riquísimo don Jerónimo, y aparte sus negocios financieros, la vida social de éste, casi estaba reducida á las íntimas relaciones de amistad que mantenía con don Pedro y su hija.



CAPITULO II

EL ASALTO

Entre siete y media y ocho menos cuarto de una deliciosa noche del mes de las flores, se iban reuniendo muchos jóvenes de ambos sexos en el centro de la pintoresca plaza de la Iglesia.

—¿Estamos todos?, preguntó una rubita encantadora.

Después de mirarse unos á otros, como para convencerse de que habían sido puntuales á la cita, preguntó uno de los jóvenes:

—¿Dónde están Cachita y Nena?

—Es raro se hagan esperar.

—Precisamente las indispensables.

—Me parece haberlas visto entrar en la Iglesia.

—Habrán ido á cantar las Flores de Mayo.

—Ó quizá á comunicarle al padre Agustín, que proyectan organizar un baile en la mismísima sacristía.

—Caballeros, no tanto.

—Ellas son muy capaces de hacerlo.

—Es preciso averiguar con qué objeto se han metido en el templo del Señor, las dos muchachas más alegres,

bailadoras y revoltosas de la ciudad de Sagna la Grande.

—¡A la Iglesia, á la Iglesia! exclamaron todos.

El alegre grupo se dirigió al sagrado recinto, y no sabemos cómo hubiera quedado la reverencia que exige tan respetable lugar, si en él llegan á penetrar aquellos atolondrados, lo cual no hicieron, porque en el preciso instante, salían por las puertas del templo las dos niñas objeto de tantos comentarios.

Cachita, con la faz sonriente, se adelantó hasta el borde de la escalinata y con exagerados movimientos de brazos detuvo á sus amigos; tosió dos ó tres veces, y con aire entre compungido y picaresco, dijo:

Señoras y caballeros: hace un momento, he determinado avisar á Dios, cada vez que el diablo en forma de galán bailador, haya de enlazar mi cuerpo con sus brazos. El plausible objeto del avisito, es, obtener de su Divina Magestad el auxilio necesario, en el caso muy probable de que el señor Lucifer quiera con sus artes trapaleras, apoderarse de mi corazoncito.

Una carcajada general fué la unánime contestación á tal desplante.

—¿Conque esta noche es la elegida

para despedir á Lolita por su marcha al Ingenio?, preguntó Cachita.

—Ésa ha sido la orden de la sociedad.

—Pues si nadie falta. . . . Adelante caballeros.

—Falta alguien, ó peor dicho aaaaálguienes.

—¿Quiénes?

—Los músicos.

Como si estas palabras hubieran sido una consigna, inmediatamente se oyeron las alegres notas de una polka, á cuyo compás se pusieron en marcha aquellos jóvenes para quienes los esfuerzos de sus cerebros estaban reducidos por entonces, á idear las diversiones mas placenteras que pudieran llevar á cabo con el sólo objeto de gozar de la vida lo mas alegremente posible.

El regocijado grupo se dirigió á la espaciosa casa de don Pedro. Este y don Jerónimo estaban sentados en el salón, tenuamente alumbrado, discutiendo la para ellos interesantísima tesis de las condiciones que más favorecen á los gallos para pelear, cuando fueron interrumpidos por los gritos de:

¡Luces! ¡luces! no se permiten conversaciones serias.

—Lolita, dijo uno, ordena á tu señor papá y al muy respetable don Jerónimo,

nos dejen plaza libre para poder bailar.

Lolita se apresuró á complacer á sus amiguitos y con muchísima gracia ofreció los dos brazos á su papá y á don Jerónimo.

Pronto estuvo la casa profusamente iluminada y antes que transeurrieran dos ó tres minutos, Lolita del brazo de don Jerónimo y las demás niñas cada cual con su pareja, paseaban por el salón dirigiéndose discretos piropos, mientras se colocaba la orquesta en sitio adecuado, para poder dar principio al baile con el imprescindible vals tropical. Apenas se oyeron las primeras notas de uno muy en boga en aquella época, se entregaron todos con indecible regocijo á su diversión favorita.

Sólo uno de los jóvenes quedó sentado en un sillón, mirando de un modo especial á Lolita cada vez que ésta pasaba por su lado, mientras bailaba con don Jerónimo.

Concluido el vals, Lolita acompañó á don Jerónimo, hasta el lugar en que se había retirado don Pedro.

—Papá, aquí tienes á tu inseparable; yo, ya cumplí gustosa mi agradable obligación.

En todos los bailes que se realizaban en la morada de don Pedro, era compro-

miso ineludible el bailar Lolita y don Jerónimo, siendo pareja el primer vals.

En cuanto volvió al salón la preciosa niña, se le aproximó quien tanto la había mirado, y el rubor de la hija de don Pedro, dió á conocer que estaba á su lado el elegido de su alma.

—¿No te examinas este año, Carlos?

—Vaya si me examino, no faltaría más; pero necesitaba un repuesto de amor verbal para completar mis estudios, y con el fin de obtenerlo, tomé pasaje en el tren esta mañana; he llegado á las cuatro; fuí á ver inmediatamente á los amigos; les comprometí á que organizaran este asalto, pretextando tu marcha al Ingenio *Conchita*, y aquí me tienes dispuesto á oír de tu lindísima boca que me quieres mucho, muchísimo, y conseguido el imprescindible refuerzo, por la mañana me vuelvo al tren, y á la Habana. Me encierro en mi cuarto y no salgo de él hasta que no vaya á la Universidad para obtener, previos los correspondientes ejercicios, la Licenciatura en derecho. He dicho.

Los ojos de la niña recompensaron de tal modo la cariñosa prueba del futuro abogado, que éste hubiera sido capaz de hacer del tren su gabinete de estudios, para poder gozar diariamente

del dulcísimo placer que en aquel momento experimentó.

Don Jerónimo casi no prestaba atención á las continuadas preguntas de don Pedro, porque aquella noche se sentía mortificadísimo.

Lolita, olvidándose completamente de él, ni siquiera le brindó una copita, cuando los concurrentes descansaban de las fatigas del baile ante una mesa espléndidamente cubierta con exquisitos dulces y licores.

La improvisada fiesta, duró casi hasta la media noche.

Cachita, la caprichosa directora á quien todos obedecían sin replicar, cuando lo creyó oportuno, fué hacia la hija de don Pedro, rodeó su pequeña cintura con un abrazo y después de estampar dos ruidosos besos en el hechicero rostro de Lolita, le dijo:

—En nombre de los aquí presentes, te prometo otro asalto en cuanto vuelvas del Ingenio, sin que esto quiera decir, echemos en olvido, hacer el día menos pensado una invasión al *Conchita*.

—Bien, muy bien, dijeron todos.

—Para mí será siempre muy placentera tan agradable compañía, y como es probable no vuelva en todo el año, porque papá piensa hacer obras en esta ca-

sa, sería muy satisfactorio determinarais.....

—No sigas, no sigas; al buen entendedor..... Señoras y caballeros, desde este instante queda acordado el asaltar el Ingenio *Conchita*, lo menos seis ú ocho veces en lo que resta de año.

—¡Bravo!, ¡bravísimo!, ¡archisuperior!, se oyó decir por todos lados al mismo tiempo que nutridos aplausos demostraban la general aceptación de lo dicho por Cachita.

Sin cesar en sus risas y alegres frases, fueron despidiéndose los bulliciosos jóvenes de los amables dueños de la casa.

¡Cuántas elocuentes promesas, expresadas con las miradas, cuando por última vez se estrecharon las manos Carlos y Lolita!

Don Jerónimo, que aquella noche había sufrido lo indecible y apesar de ello, no se decidió á abandonar los salones, como si á ellos le encadenase su mismo tormento, fué el último en marcharse, y triste y cabizbajo, se dirigió lentamente á su morada.

A la tarde siguiente podían leerse en la prensa local, párrafos que poco mas ó menos decían:

Anoche fueron asaltados los lujosos salones de la elegante morada del señor

Ustariz, por el aristocrático grupo de jóvenes que constituyen la *Sociedad de los veinte*, perfectamente acompañado por las más hermosas niñas de nuestro mundo elegante.

Cupido no se dió punto de reposo en las horas que duró la agradabilísima velada.

Dícese que la más bulliciosa de nuestras jóvenes, ha obligado á un su admirador, á borrarse de la lista de miembros de la *Sociedad de los veinte*, cuyos estatutos sólo permiten sean socios los solteros, sin inmediato compromiso de casamiento.

La sin par Lolita, cariñosísima hija del señor Ustariz, hizo los honores de la casa con la delicadeza y el buen gusto que caracterizan á tan distinguida señorita.

Los dulces, licores y tabacos, no tuvieron fin. Así sucede siempre, cualquiera que sea el número de concurrentes en las incomparables fiestas que se realizan en el semi-palacio del señor don Pedro Ustariz.

CAPITULO III

TRASLACIÓN AL INGENIO

Un poquito má deprisa. . . . cuidaito con rompé alguna cosa. . . . ¿Ata cuando van á etá pa amarrá eso tarecosss? Estas y otras frases parecidas dirigía Panchito á varios criados, apresurándolos en la ejecución del trabajo que se les había encomendado.

Pasó á otra habitación: . . . Bamo á bé, si pa cuando la niña Lolita lo nese-site, tiene ya en su cuatico del Igenio toito lo andaribelesss,—le dijo á una negrita, que recogiendo varios objetos, los iba colocando en una gran cesta.

El negro, al parecer no tenía en aquellos momentos la lengua de sobra, y mientras andaba de un lado para otro, continuó diciendo:

Uté berá como Satiago sa figurao que lo muebles no han de etá en el Igenio ata laño que viene. . . . no sé poqué toito e mundo no ase pronto la cosas que son de su emcumbensia. . . . ¡Prancasia! . . . ¡tu no tá mirando tu patass en-sima de ese betío! . . . baya una negrita má decuidá. . . . Me boy á la equina pa mirá si viene é carretero. . . . Acaba

Pancasia de recogé'lo toítico pa cuando llegue Santiago con la carretasss.

Aquella mañana muy temprano don Pedro y Lolita, ginetes en magníficos caballos, se habían marchado al *Conchita*, donde pensaban residir una larga temporada.

Antes de irse, enteraron á Pancho de los muebles y objetos que deseaban fuesen trasladados al Ingenio, y este era el motivo por el cual apuraba á los otros criados el negro, que quería fuesen sus amos servidos con la mayor rapidéz.

Un gran estruendo obligó á Pancho, volver precipitadamente á la casa, cuando solo había dado cinco ó seis pasos fuera de ella.

Pancasia, había puesto una sillita sobre una pequeña mesa de tres patas; se subió la negra sobre la silla, y trás el esfuerzo hecho para descolgar un cuadro, mesa, silla y negrita, rodaron por el suelo, tropezando en la caída con un vestidor en el cual había dos magníficos jarrones de cristal, que también cayeron al suelo, haciéndose mil añicos.

Al ruido acudieron los demás criados, y no pudieron contener la risa, al ver la posición y cara de Pancasia.

Pancho se presentó enseguida y al ver aquella pequeña catástrofe excla-

mó: ¡Ajá!, ¡ahora sí, ya bé!, ahora si la arreglatessss.

—Fué po decogal e cuadríto,—dijo la negra llorando.

—Y quien te metió negra tupia, á decogal lo que naiden tabía mandao..... y utedesss ¿ban á etá ahí rie que te rie?..... A bé si se ban á su obligación.... Uté habrá bito qué negrita ma bruta.... digo, y na meno ha rompío lo florerossss que tanto quería la niña Lolita..... ¡Pancasia beto! ¡bete Pancasia! que yo no te bea má, poque sino entobía hago un etrupisio.

La negrita salió del cuarto más que de prisa.

Por fin llegó santiago con las carretas, las cuales fueron cargadas prontamente, y poco tiempo después eran arrastradas por magníficos bueyes en dirección al Ingenio. Detrás iban los criados.

Pancho, echó la última mirada en la casa, para ver si había olvidado alguna cosa, y convencido de que cuanto le habían encargado se trasladase al *Conchita* estaba en los carros, cerró cuidadosamente las puertas, montó en un arrenquín, y arreó el caballejo para llegar pronto al Ingenio.

Cuando alcanzó á los criados, no pu-

do pasar sin decirles: ¿Entobía etán por aquí?, ¿piensan llegá al Igenio pasao mañana? Baya una jaraganería la de toítico utedesss.



CAPITULO IV

EL ANGEL DE CARIDAD

Quieto, *Sultán*, abajo esas manazas, si te pones majadero no hay paseo, ni habrá después terrones de azúcar.

Al decir las anteriores frases, Lolita acariciaba á un hermoso perro negro de Terranova, el cual demostraba su alegría, corriendo y saltando al rededor de su ama.

Nada más interesante que la hermosa joven, vestida con un blanco traje de mañana, y cubierta su linda cabecita por gracioso sombrero de finísima paja cuya amplia ala, sombrecaba artísticamente el bellissimo rostro de la simpática niña.

Casi todas las mañanas, salía la hija de don Pedro, acompañada de su fiel *Sultán*, á recorrer los sitios habitados por míseros arrendatarios del Ingenio. Cuando las excursiones habían de ser á lugares distantes, montaba Lolita con gran gentileza una pequeña jaca, y era de ver el bonito grupo que formaban la graciosa niña y el fino animal.

Si en los bohíos que visitaba, había

algún enfermo, la caridad de la joven, era inextimable auxilio, y si la salud reinaba entre los pobres habitantes de la choza, siempre era motivo de alegría, sobre todo para los niños, la presencia de quien por sus constantes bondades, se había conquistado el poético nombre de Angel de caridad.

Varios chiquillos, entre quienes los había completamente desnudos, que correteaban delante de un bohío, dieron á conocer con sus alegres y fuertes gritos, que se acercaba á la rústica morada, la caritativa joven y su inseparable *Sultán*.

Lolita penetró en aquel pobre recinto, y después de acariciar á una niña de trece á catorce años, le preguntó: ¿Cómo sigue tu buena madre?

—¡Ay, señorita!, gracias á V., está ya bastante mejor; anoche durmió con bastante tranquilidad; la tos le molestó muy poco; pero según ha dicho el Doctor enviado por V., aún pasará algún tiempo antes que se ponga completamente bien.

—¿El médico no dejó ninguna receta?

—Sí, señorita, mírela V.; también me recomendó le diera hoy á mi madre un poco de carne asada, pero no sé cómo arreglármelas, porque mi padre y mi

hermano mayor no vendrán hasta muy tarde y yo.....

—No te apures por eso.

Lolita escribió algunas palabras en la hoja de un cuadernito de notas que á prevención llevaba, cuando salía á ver á sus enfermos. Después de arrancar la hoja, salió á la puerta y vió al perro jugueteando muy alegre con los niños, ni más ni menos que si fuera uno de tantos.

—¡Aquí, *Sultán!*

El perro llegó dando saltos hasta donde se encontraba su dueña y alargando la cabeza, dió á conocer que ya sabía cual era la causa por la cual se le había llamado.

La caritativa niña colocó en una cajita pendiente del collar que adornaba el pescuezo de *Sultán*, la receta del médico y el papel por ella escrito.

—¡Anda!.....

El perro no se hizo repetir la orden; corriendo á más no poder se dirigió al Ingenio, y á los diez minutos ya estaba de vuelta el noble animal, trayendo en la boca una pequeña cesta, cuyo interior estaba repleto por las cosas que había mandado pedir la hermosa joven.

Lolita, entregó á la pobre niña la cesta; y después de haber estado un rato

consolando á la enferma, se dispuso á salir para continuar su noble tarea, por lo que se despidió de la madre y la hija; éstas, llorando, conmovidas por el agradecimiento, no cesaban de bendecir á su Angel de caridad.

Al salir nuestra heroína, vió á los chiquillos esperándola en casi correcta formación, pues sabían los muy pillines, era llegado el momento de recibir el premio ganado, por los gritos redoblados con los cuales habían anunciado la presencia de Lolita.

La previsión infantil se vió confirmada por una especie de lluvia de caramelos y confites, causa inconsciente de que los futuros patriotas se repartieran alguno que otro mogicón.

Actos caritativos semejantes al anterior, fueron repitiéndose en cuantas chozas fué necesario, hasta que *Sultán* dando ligeros y repetidos tirones del vestido de su ama, avisó á ésta, que había llegado la hora de volver al Ingenio.

El instinto del perro era un verdadero cronómetro, para saber con exactitud la hora de almorzar; y la razón de la canina exactitud era, que el muy goloso de *Sultán*, sabía la costumbre de su ama, de darle los terrones de azúcar precisamente durante el almuerzo.

La niña y el perro volvieron á la casa vivienda del Ingenio, donde efectivamente, ya estaba preparada la mesa.

Don Pedro no cabía en sí de orgullo cuando oía decir á sus arrendatarios y á todos los pobres de la comarca, que su preciosa hija, era un Angel de Caridad.



CAPITULO V

EL VEINTE Y NUEVE DE JUNIO

—Muy buenos días señor don Pedro.

—Ola, picarilla, mucho has madrugado hoy.

—Los deseos de saludar á mi querido papá me han hecho saltar de la cama.

—Para venir corriendo á darme un abrazo, ¿verdad?

—¡Uno sólo!.....

—O tres ó cuatro.

—Me parece que te daré algunos más. Empiezo por ahora á darte unos cuantos.....

—¡Um!....., mala, muy mala va á ser para mí la consecuencia de tanto cariño matutino; petición tenemos, segura, segurísima.

—Y grande, grandísima, pero eso será después; antes, quiero que me diga el señor olvidadizo á cuántos estamos de mes.

—Tienes razón; no me había dado cuenta de que estamos á veinte y nueve de Junio.

—Porque eres un papá muy requete-descuidado.

—Y tú en cambio, una hija muy requetebuena y cariñosa.

—Que te tiene preparada una pequeña sorpresa.

—Veamos la sorpresa.

—Entra en tu despacho á ver si encuentras algo.

Don Pedro obedeció á su niña, y vió sobre la mesa escritorio un artístico reloj-tintero en el cual había delicadísimos trabajos de esmaltación, representando diversos lances de una riña de gallos.

—Vamos, vamos, ya me estás diciendo la petición; todo se lo merece una loquilla como tú.

—Voy á completar mi felicitación, dándote seis besos.

—Pues cuanto antes empieces, mejor.

—Poco á poco, señor apurado, un poquito de calma.

—Muchos preámbulos necesitan los tales besos, algo muy importante me parece debe encerrarse en ellos.

—Casi nada, mis besitos papá, sólo valen una onza cada uno.

—Entonces, bien los pudieras haber llamado besazos; vengán, vengán esos besitos; para mí valen todo cuanto tú quieras.

—Dando y dando, papá.

Don Pedro, siempre dispuesto á complacer los caprichos de Lolita, sacó de una gran caja de caudales, las seis monedas de oro, y padre é hija llevaron á cabo cumplidamente el cariñoso trato.

Muchas personas llegaban de la población y de los alrededores del Ingenio, para felicitar á don Pedro, siendo uno de los primeros que se presentó don Jerónimo.

—¿Me trae V. la plata que le mandé á pedir con Pancho?

—Aquí la tiene V., contestó el banquero, entregándole más de cien pesos, y muy alegre de poder prestarle un servicio á Lolita.

—¿Supongo será el cambio correspondiente de seis onzas?

—Ni centavo más, ni centavo menos.

—Aquí tiene V. el oro.

—¿Y para qué me dá V. este dinero?

—¿Cómo!, pretendería V. que yo me atreviese.....

—Perdóneme V., Lolita.



CAPITULO VI

CONTINUACIÓN DEL ANTERIOR

La dotación del Ingenio, llegó ante el colgadizo de la casa vivienda, y después de algunos preparativos, entonó acompañándose con tambores de palma, algunas monótonas y originales cantinelas. Una de ellas consistía en una sóla nota aguda y prolongada, que sostenía quien tenía la voz más alta, y al finalizarla, repetían muchas veces los demás en coro:

—¡Viva lasulamo!—¡Vivavaaaaá!

—¡Viva lasulamo!—¡Vivavaaaaá!

—¡Y la niña Lolita!—¡Vivavaaaaá!

—¡Y la niña Lolita!—¡Vivavaaaaá!

Vuelta á la nota aguda y prolongada para repetir el interminable: ¡Viva lasulamo!—¡Vivavaaaaá!

Cuando cesaron de cantar, se oyeron en los tambores unos golpes de distinto ritmo, y al poco rato comenzaron á bailar un tango africano.

A las exclamaciones de: ¡Tumba!, ¡tumba!, varios negros y negras, cogiéndose y soltándose las manos daban grandes saltos, cambiando de lugar; al mismo tiempo otros, y en el preciso mo-

mento del salto,—que constituía el mayor mérito—introducían en la boca de los ágiles bailarines pequeñas monedas de plata, ó algo que las remedase en tamaño y color.

Don Pedro mandó se les diera aguardiente, y Lolita repartió entre los buenos negros, parte de los ciento y pico de pesos, que por medio de Pancho había de antemano pedido á don Jerónimo, segura como estaba la gentil doncella, de la eficacia que tendrían los besos á su papá.

El resto del dinero, lo guardaba para que sus pobres pudieran también celebrar alegremente el santo de don Pedro.

No tardaron mucho en presentarse quienes constituían la familia menesterosa de la caritativa niña.

Los vivas á lasulamo y á la niña Lolita, atronaron el batey casi toda la mañana.

Durante el día se estuvieron recibiendo tarjetas de felicitación, acompañadas las más de ellas de pequeños obsequios.

A la caída de la tarde, unos á caballo, otros en lujosos carruages, invadieron el batey, la *Sociedad de los veinte*, y gran número de caballeros, señoras y señori-

tas, entre las cuales se veía en primera fila á la revoltosa Cachita.

La cena-banquete fué extraordinaria.

Los exquisitos vinos produjeron la exaltación necesaria para hacer que muchos comensales se sintiesen *oradores famosos*, por cuya razón no faltaron brindis casi elocuentes; chistes discretos, y de vez en cuando las vulgaridades de: “En la presente ocasión” etc., y otras del mismo estilo, promovían gran algazara en todos.

Los jóvenes no se descuidaron en organizar un baile y . . . al amanecer concluía la celebración del santo de don Pedro.

Como Carlos no pudo asistir, pues aquellos días estaba atareadísimo, preparándose para los ejercicios de la Licenciatura, los obsequios de Lolita, recayeron naturalmente en don Jerónimo á quien distinguía cual si fuese un pariente cercano.

El banquero pasó casi veinte y cuatro horas, verdaderamente feliz.

Durante la cena, fué quien mantuvo siempre la animación; su brándis, por lo oportuno, mereció los honores del aplauso, y hasta en el baile se excedió, en aquella para él deliciosísima noche.

Nadie recordaba haber visto á don

Jerónimo tan alegre y decidor como durante el día y noche de San Pedro. Todos afirmaban, aún mucho tiempo después, que aquel día estuvo convertido en un joven de veinte y cinco años, quien generalmente era conocido con el nombre de: el taciturno banquero.



CAPITULO VII

LAS ENTREVISTAS

Lolita se había hecho muy amiga de la mujer del mayordomo, y en la casa en que residía la excelente señora, se realizaban las entrevistas de la enamorada niña con su queridísimo Carlos. Este, después de brillantísimos ejercicios, se vió en posesión del ansiado académico título, y muy orgulloso, abrió en Sagua su bufete de Abogado.

Raras eran las tardes que no se veían los jóvenes, durante el tiempo que la dirección de las múltiples faenas del Ingenio y del escritorio tenían ocupado á don Pedro, y á fé que aprovechaban bien las horas, haciendo proyectos para el porvenir, sin descuidar mucho las interminables repeticiones del yo te amo.

Habían resuelto, que cuando Carlos defendiera y ganase el primer pleito, le comunicarían sus amores á don Pedro, para que éste indicase el día de la boda.

¡Es tan atractivo para los enamorados, creer que son muy secretas sus relaciones!

La primera tarde que Carlos no pudo acudir á la entrevista amorosa en casa

del mayordomo, Lolita estuvo á punto de enfermarse, por las horas angustiosísimas que pasó discutiendo la causa por la cual su amante no había venido á recrearse en la diaria dulcísima conversación.

Para evitar en lo sucesivo tan gran tormento, decidió la enamorada niña, hacer ir á Pancho todos los días á un determinado sitio del rio que engalana la población de Sagua, donde Carlos, caso de no poder asistir á la cita, se lo comunicaría al negro, explicándole muy bien el motivo, y Pancho inmediatamente había de ponerlo en conocimiento de la apasionada joven.

Como es de suponer, la mayor parte de los días, ir al consabido sitio del rio y volver, solo era para Pancho un agradable ejercicio matinal.

Las tardes en que Carlos no podía ver á su novia, ésta las aprovechaba para dar un paseo, hasta el bohío de la sabana, donde en unión de su marido y varios hijos, vivía la que fué madre de leche de Lolita, la negra Justa.

Nunca faltaba en casa de la buena Justa, frutas sabrosas del tiempo ó dulces en conserva, destinadas á su *niñita ángel*, como llamaba la negra, á su hija de leche.

Sólo por rutina llamaban todos el bohío de la sabana, á la bonita casa que habitaban Justa y su familia, en una pequeña finca, fuera de los cuidados de la pobreza, porque don Pedro se esmeraba en que nada le faltase á quien había amantado al ídolo de su corazón, á su queridísima Lolita.

—Yo necesito averiguar—decía en cierta ocasión la negra Justa,—por qué mi *niñita ángel* se pasa las semanas enteras sin venir á comer los dulces que hago para ella.

No tardó mucho tiempo en saber la causa.

Las investigaciones de Justa, no pararon hasta conocer al joven y la familia á que pertenecía, y aún se las compuso de manera que pudo hablar con Carlos y demostrarle, á quien estaba más que convencidísimo, con abundantes razones hijas de su cariño, que era su *niñita ángel*, la joven más hermosa, más buena, en fin, la suma perfección de las muchachas.

Muy satisfecha la negra de las noticias adquiridas y orgullosa de poseer el secreto de su *niñita ángel*, repetía con frecuencia á su marido é hijos: Pronto tendremos en el Ingenio, la gran fiesta.

CAPITULO VIII

LA CARTA

En la orilla izquierda del rio Sagua, se encontraban Carlos y Pancho, sosteniendo animada conversación.

El primero, al mismo tiempo que le mostraba una carta, hacía al negro varias observaciones, á las cuales contestaba Pancho: Sí, sí, . . . no tiengue ningún cuidao é niño . . . ta bien . . . güeno . . .

Por fin, al entregarle un sobre en el cual había cerrado la carta, le dijo: Pancho, no olvides nada de cuanto te he dicho, y sobre todo, repítele bien á la niña Lolita, lo del bohío de la sabana.

—Tese tranquilo niño Calitos, le daré la cata á la niña Lolita, y se lo diré toito, tó, como si yo fuera uté mimito.

El negro saltó á un bote, y con un sólo remo, vogando por la popa, le hizo atracar en la opuesta orilla, donde amarró la pequeña embarcación.

Con toda la velocidad posible, se dirigió Pancho al Ingenio.

Cerca ya de la casa vivienda, quiso sacar la carta que hacía poco le habían entregado, pero cuantos registros reali-

zó en los bolsillos y hasta dentro del sombrero, no fueron suficientes á encontrar ni rastro de papel.

—¡Eh jé . . . ¿y la cata? . . . ¿dónde labré yo guadao . . . ¿ete son cosa de brujería! . . . y ahora, qué le digo yo á la niña Lolita.

—Pancho, Pancho.

—Pa qué me ñamará lamo.

—Paicho.

—Sí señó ya voy mi amo . . . pero donde diablo tará la cata . . .

—Pancho, llamó, ya enfadado, don Pedro.

—Aquí toy, mi amo.

—¿Qué es eso?, ¿te sucedé algo?, tienes la cara como quien ha tenido alguna contrariedad.

—No señó, yo no tiene ná, naitica.

—Monta el caballó moro azul, te vas á casa de don Jerónimo, y le dices que le espero esta tarde.

—Ta bien, si señó, ahora mimito toy ayá.

—¡Ah! . . . Cuando él venga que me traiga doscientas onzas.

—Güeno, dosienta onzas.

—Vuelve pronto porque te necesitaré para que vayas á otros lados.

—Sí señó, mi amo, á la carrera yo taré aquí mimo.

Pancho fué á la caballeriza, sacó el caballo indicado por su amo, montó sobre el animal, en un salto, y dirigiéndose al paso del río, sin dejar de mirar al suelo, por si descubría la carta, franqueó en poco tiempo la media legua corta que separaba al Ingenio de la población.



CAPITULO IX

DON JERÓNIMO

En una amplia galería festoneada por bonitas enredaderas, se encontraba don Jerónimo sentado en un balance, cuando vinieron á decirle que un negro preguntaba por él.

—Que pase . . . ¡Ola! ¿eres tú, buena pieza?

—Bueno día, señó don Jerónimo.

—¿Ocurre alguna novedad en el Ingenio?

—No señó, ninguna nobedá.

El negro comunicó el encargo de su amo, y después de oír á don Jerónimo la promesa de ir al Ingenio aquella misma tarde, se despidió del banquero é inmediatamente volvió á la plantación para dar cuenta de su cometido, con la misma velocidad que había empleado para venir al pueblo.

Como Pancho no cesaba de pensar en la perdida carta, cuando volvió al Ingenio continuó buscándola por todos lados, y fué tal su preocupación aquel día, cometió tantos desaciertos, que el mismo don Pedro creyó algunos momentos se había vuelto loco el pobre negro.

Apenas se fué Pancho, don Jerónimo se levantó, é inclinándose sobre la barandilla y dirigiendo la voz hacia unos cuantos que había en el fondo del patio, llamó: Antonio, Antonio.

—¡Allá voy!, se oyó contestar casi inmediatamente.

A los pocos momentos se presentó un mulato, que tenía en las manos unas trabillas de gallo, las cuales parecía estar componiendo.

Los cuartos de donde había salido Antonio, pertenecían á una casa cuya puerta principal enfrentaba á la calle detrás de la en que vivía don Jerónimo.

Que las dos casas no eran verdaderamente sino una sola, era sabido únicamente por los criados del banquero, todos ellos, antiguos en el servicio de él, perfectamente retribuidos, y por lo tanto los más interesados en mantener el secreto que sobre tal particular les había recomendado su amo.

Para el público, aquella casita de modesta apariencia, era habitada por un viejo conocido con el nombre de don Severo, muy amigo de gallos y que cuidaba personalmente unos cuantos de estos animalitos, los cuales iba á pelear todos los años en distintas vallas de la Isla.

Acompañaba á don Severo, su criado Antonio, también gallero, cuya habilidad para tusar y topar las pequeñas fieras era conocida de todos los aficionados.

Si alguien hubiera dicho que don Severo y Antonio, eran dos servidores de don Jerónimo, y que la casa por ellos habitada era una magnífica gallera donde el mismo banquero, más entendido que sus empleados, dirigía á éstos en la manera de cuidar y adiestrar, á los mejores gallos de las Villas, seguramente se le hubiese tenido por visionario.

¡Cuidador de gallos, el riquísimo banquero!.....

Cuando Antonio estuvo delante de don Jerónimo, éste le preguntó:

—Ha sacado algún gallo don Severo en estos días?

—No, señor.

—Entonces, debe haber diez ó doce, listos para pelear.

—Si señor. El Indio, Solimán, el Giro, el Jabao.....

—Bueno, bueno. Mañana, lleváis dos al Quemado de Güines y le diceis á don Severo que cuanto antes haya otros dos en Santo Domingo y cuatro en Cienfuegos.

—Está bien. ¿Don Jerónimo, puede

V. creer que aún se pone de mal humor don Severo, cuando le hablan de lo sucedido en la valla de Rancho Veloz el año pasado?

—No recuerdo.....

—La huida del Canelo, cuando casi tenía la pelea ganada.

—¡Ah!, sí. Ya os dije entonces, el peligro de tener un descuido con ciertos galleros.

—La verdad que hay gente muy sabichosa.... ¿Cómo es que cuando V. arregla un gallo antes de la pelea, no hay ni esperanza?

—Porque yo sé más que todos vosotros.

—Eso también es verdad.

—No olvidéis tener los gallos lo antes posible en los puntos que te he dicho.

—Cuando V. llegue á esos pueblos, ya los gallos conocerán las vallas.



CAPITULO X

DOS BUENOS AMIGOS

Aquella misma tarde, don Jerónimo, ginetete en un arrogante potro, subía al rápido gualtrapeo de su corcel, la pendiente guardarraya que había de seguirse para llegar á la casa vivienda de don Pedro.

Poco antes de llegar á la casa, se apeó; al rodear la jáquima unida á la cabeza del animal, en el tronco de un cocotero, vió al pié de éste, un sobre cerrado; al observar á quien estaba dirigido, lo guardó con el propósito de enterarse cuando estuviera en su casa del contenido de un papel que el tacto indicaba había adentro, el cual suponía con bastante fundamento el banquero, sería amorosa epístola.

A punto estaba de sacar de las cañoneras del galápago las doscientas onzas que para don Pedro traía, cuando se le ocurrió la conveniencia de tener un poderoso motivo para volver al Ingenio, después de enterarse de la supuesta carta, cuyo sobre tuvo el poder de representar en la imaginación del banquero, de un modo persistente, la figura del

joven Lcdo. Carlos Suárez Lamadrid.

De pié junto al caballo, con una mano sobre la montura, quedó tan meditabundo don Jerónimo, que no pudo reparar en una persona que hacia él se acercaba.

De su ensimismamiento lo sacó un ligero golpe en el hombro, acompañado de las frases: caramba, mi buen amigo, estáis por demás pensativo; ¿os ha salido mal algún negocio?

—Precisamente es V. la causa de mi actual.....

—Considerad mi ineptitud para confesor.

Ambos amigos se dirigieron al colgadizo, y al sentarse, dijo don Pedro: como supongo tomará V. una tacita de café, mandaré que lo traigan.

—Pancho, Pancho.

—Señó, contestó el negro, y presentándose al momento, añadió: ¿mandaba usted alguna cosa?

—Dile á la niña Lolita, que hay aquí dos personas dispuestas á tomar café.

—¿Se lo digo á la mimá niña Lolita?

—Pero hombre, ¿estás hoy en tu juicio?, ¿te he citado alguna otra persona?

—Si señó, digo, no señó, güeno, güeno, ayá voy corriendo.

—No sé qué le sucede hoy á Pancho.

ha estado todo el día como idiota.....

Mientras nos sirven el café, vaya encendiendo este veguero que creo no le disgustará.

—Siempre acepto estos obsequios; verdaderamente para nosotros los cubanos el tabaco y el café, son artículos de primera necesidad.

—Creía yo que no era V. nacido en este mi bendito país.

—Tenía V. una creencia errónea completamente.

—Si se atiende á lo correcto de su pronunciación.....

—A pesar de espresarme como un castellano viejo, soy criollo, y como suele decirse, reyoyo.

—Como además, le conocí á V. en Madrid, cuando me arregló V. aquellos embrollados escritos, y sino me es infiel la memoria, creo que quien me recomendó á V. me dijo estaba V. empleado en un ministerio, y aun tengo idea aunque confusa.....

—Don Pedro, no haga V. esfuerzos innecesarios de cerebro; mi estancia en Madrid, en Roma, en París y hasta en Berlín, nada demuestran respecto á mi nacimiento; V. mismo, ha recorrido gran parte de Europa y todos sabemos

que don Pedro Ustariz es natural de Sagua la grande; así pues, si á V. le parece, dejaremos esta conversación; á nada conduce—añadió don Jerónimo, con profunda tristeza,—evocar antiguos recuerdos dolorosos.....

—Dispéñeme V. si con mis palabras he podido inconscientemente.....

—Buenas tardes, don Jerónimo, aquí tienen ustedes el café acabadito de colar..... no..... no se levante, está V. muy bien.

—Lolita, ¿se ha propuesto V. eclipsar á todas las bellezas del mundo?

—Y V., sin duda alguna, desea obscurécer á los más exagerados aduladores.

No había exageración en lo dicho por don Jerónimo.

Lolita era el tipo perfecto de la criolla, y en los más aristocráticos salones de las capitales europeas y americanas, abundan los testigos, que pueden aseverar cuán difícil es competir en belleza con las cubanas, cuando éstas alcanzan, como la hija de don Pedro, el mayor grado de la hermosura tropical.

El banquero, sólo expresaba una idea justa, al encerrar en galante frase, el cúmulo de perfecciones reunidas en el esbelto cuerpo de la joven.

—¿Y cómo está ese corazoncito?, preguntó don Jerónimo, dirigiendo á la hermosa niña una insistente mirada.

—Tranquilo por ahora, balbuceó Lolita, cuyas mejillas se pusieron como la grana, cual si quisieran dar un mentís, por decirlo así, á la vacilante afirmación.

—Me alegro. Vale más corazón solo, que amor desgraciado.

—Verdad es, pero si el de Lolita,—dijo don Pedro,—es conmovido por alguien lo suficientemente digno y merecedor por lo tanto de llevarse en su día á mi joya más preciada.....

—Papá, crees tú.....

—Vaya, vaya, cuando la ocasión llegue trataremos tan delicado asunto.

Mientras saboreaban el delicioso líquido continuaron los dos amigos alabando á porfía las cualidades de la niña, sin que pudiera realmente determinarse quien era más entusiasta en buscarle perfecciones.

Lolita se veía apuradísima para contestar con la debida discreción tantas frases como la dedicaban á porfía, así que, apenas observó habían terminado de tomar el café, recogió las tazas con mucho donaire, retirándose graciosa-

mente, perseguida por las codiciosas miradas de don Jerónimo.

—Conque don Jerónimo,—dijo don Pedro apenas desapareció Lolita,—el verle á V. por aquí, es inequívoca prueba de que Pancho le ha enterado de mis deseos.

—En efecto, y V. sabe mi placer en servirle inmediatamente, pero esta vez pido á V. me dispense el que no pueda hacerlo hoy mismo, porque me veo en la necesidad de hacerle esperar algunas horas para complacerle. Hasta mañana.....

—Pruebas repetidas me ha dado V. de su bondad para conmigo, así que si en esta ocasión, por primera vez, tiene V. alguna dificultad.....

—Ninguna absolutamente, sólo habrá una pequeña demora en satisfacer mis deseos de cumplimentar su demanda.

—Ea pues, no hablemos más de ello.

—Permítame asegurarle, que mañana sin falta estará V. en posesión de las doscientas onzas.

—Muchas gracias don Jerónimo. ¿Y qué tal? ¿A qué altura está el entusiasmo para la temporada de este año?

—Como siempre, tratándose de acompañarle.....

—No sé cómo agradecerle su complacencia.

—Que me proporciona un par de meses de verdadera distracción, así pues resulto beneficiado en esas excursiones anuales.

—Es V. la delicadeza personificada.

—¿Sin rebaja alguna?

—Nada absolutamente.

—Le agradezco mucho, tan lisonjero concepto para mí.

—Tengo para este año unas verdaderas fieras. Dos sobre todo, el Prieto y el Malatobo, se me figura van á dar mucho juego y espero me resarcirán de algunas pérdidas.

—A no ser le cuesten tanto como el Canelo y el Mayito, del año pasado.

—No lo creo, están cuidados y topados por Nicolás, que como gallero, sabe V. es de lo mejorcito, además tienen esos animalitos unas condiciones para la pelea, inmejorables; el Malatobo ha matado ya dos gallos; levanta la cabeza de tal modo que el contrario difícilmente se la puede picar y cada vez que él hace un revuelo, golpe seguro.

—Magnífico, esas son ventajas muy grandes.

Interminable hubiera sido la conversación respecto á los gallos, á no haber

distraído á los amigos, el agradable sonar de bandurrias y guitarras que empezaba á esparcirse por el batey.



CAPITULO XI

LOS CANTADORES

Atraída por la música apareció Lolita diciendo: ¿Si no molesto?.....

—De ningún modo—se apresuró á contestar don Jerónimo. Aquí tiene V. un sillón, si no la disgusta estar á mi lado.

—Acepto con placer su amable invitación.

Al sentarse Lolita, el banquero no pudo ocultar la alegría que le causaba tener tan cerca de él á la encantadora niña.

El sonido de los instrumentos se oyó mas distintamente, y quienes los tañían, acompañados de seis ú ocho jóvenes más, no tardaron en presentarse.

No fué la última Lolita, en ver á Carlos entre quienes venían con los músicos.

—Adelante, señores, adelante,—dijo don Pedro levantándose,—pero antes de que se sienten ustedes para descansar y tomar una copa de cerveza, es necesario regalarnos los oídos con algún cantar criollo.

Aun no había concluido de expresar

su deseo el dueño de la casa, y ya las características notas de un punto cubano atrajeron á algunos curiosos al batey.

A una señal de quien dirigía á los músicos, varias voces perfectamente coordinadas entonaron las siguientes décimas de pié forzado, muy populares en aquella época, originales del poeta camagüeyano señor Francisco Agüero y Agüero.

*Eterno amor te juré
al instante que te ví,
y como fuera de mí
á tus plantas me postré.*

Una mañana de Enero
que es eterna en mi memoria,
te contemplé por mi gloria
más hermosa que un lucero.
Mi existencia, placentero,
al punto te consagré,
en el instante te amé,
mi pecho quedó sin calma,
y en llamas ardiendo el alma
eterno amor te juré.

El placer y la alegría
solamente disfrutaba,
cuando el poder ignoraba
que el dios Cupido tenía.
Mas vino la pena impía
cuando tranquilo viví,

y en vez de placer sentí,
á tu influjo soberano,
de amor el fuego tirano
al instante que te ví.

Poco á poco se fué acrecentando el número de quienes acudieron á disfrutar del improvisado pasatiempo musical, y al terminar la segunda décima, los bravos y aplausos dieron á conocer que el público era ya bastante numeroso.

Los cantadores continuaron:

¿Y no cantará el poeta
cuando un amor tan vehemente
domina su pecho ardiente
á par que el alma le inquieta?
Amor, amor me sujeta
al más loco frenesí;
pronuncia benigna un sí,
pues yo tu clemencia imploro
anegado en triste lloro
y como fuera de mí.

En fin, mujer adorada,
si escuchas mi humilde ruego,
del corazón que te entrego
no tienes que temer nada.
A tí será consagrada
mi constante y tierna fé;
mil sacrificios haré

tan sólo por merecerte,
que no en vano al conocerte
á tus plantas me postré.

¡Cuántos artistas hubieran deseado una tan unánime ovación como la obtenida por los jóvenes sagüeros al terminar las décimas!

Don Pedro, al ver á los empleados que con sus familias habían acudido al batey, les invitó á pasar y ordenó á Pancho, mandase sacar tabacos y cerveza.

Se formaron varios grupos, y aprovechando Carlos el movimiento general, se aproximó á Lolita, á quien preguntó, si estaba enterada de la carta que aquella mañana le había enviado con el negro.

—El pobre Pancho está hoy medio trastornado, y como papá lo ha tenido todo el día de un lado para otro, aprovechando un momento, sólo me comunicó que tú vendrías esta noche con los cantadores.

Carlos no pudo evitar un movimiento de disgusto.

—¿Te contraría, dijo la niña sonriendo, el que no haya leído todavía cuanto tu boca no cesa de repetirme cada vez que tenemos el placer de estar juntos?

—En la carta, Lolita, además de poner en tu conocimiento una resolución muy importante que he decidido llevar á cabo, te hacía una súplica.

—¿Tratas de asustarme?

—Nó, vida mia, pero te ruego por nuestro amor, no te acuestes sin pedir la carta á Pancho, y después de leerla, oír cuanto él tiene encargo de comunicarte.

—Y para decirme eso, necesitas revestirte de tanta seriedad? . . .

—No se permiten duos amorosos, dijo en este momento don Jerónimo, cuyos ojos parecían brillar con felina fosforescencia.

Carlos miró ansiosamente á Lolita, al separarse de ella; fué á confundirse entre sus amigos, y tomó parte en la conversación que éstos sostenían con don Pedro y otros señores.

Después de cantar algunas canciones cubanas, cuyo ritmo suave y armonioso conjunto, tan apropiadamente representan la melancólica laxitud tropical, se despidieron todos de los dueños del Ingenio.

Carlos aprovechó la despedida para murmurar al oído de su amada: no olvides el pedir á Pancho la carta.

Don Jerónimo al marcharse, reiteró

á don Pedro la seguridad de que al día siguiente volvería con la cantidad sabida.

Al quedar solos el padre y la hija, hicieron algunos comentarios alabando el gusto y perfección con que tocaban y cantaban los jóvenes sagüeros, y al poco rato, se desearon cariñosamente una buena noche de descanso, retirándose á sus respectivos dormitorios.



CAPITULO XII

DECISIÓN

Aun no habían transcurrido diez minutos, cuando volvió Lolita al colgadizo y sentándose en uno de los sillones, trató de discurrir acerca de las frases de Carlos y sobre todo descifrar la suplicante mirada que le dirigió su amante, cuando obligado por la voz del banquero, fué á confundirse entre sus amigos.

Observando que sólo conseguía enredar su imaginación en un conjunto de absurdos pensamientos, se decidió á llamar á Pancho.

Iba á hacerlo, cuando distrajo su atención un bulto, que agachándose unas veces y levantándose otras, andaba de un lado para otro como quien busca algo; se fijó más, y reconoció al negro que hablaba y gesticulaba constantemente, sometiendo su cuerpo á una verdadera serie de calisténicos ejercicios.

—Ná, ná y ná. . . . ban como ma de beinte bese que é rebobío toita la guaraya y é batey, y la catica no parese.

—Pancho, Pancho, llamó Lolita.

—Ahora sí que ba á sé lo ma malo.

—Pancho.

—Ya boy niña Lolita.... Apesar de la contestación, el negro continuaba registrando hasta las matas más pequeñas, sin cesar en sus gestos y exclamaciones..... ¡Uté abrá bito!..... ¿cómo digo yo á la niña Lolita que eta mañana mimio yo tiengué la cata y enseguida la cata se juyó.

—Pero Pancho, ¿vienes ó nó?.....

—Si señó, niña Lolita, aquí ta yo.

—¿Dónde está la carta que el niño Carlos te dió para mí?

—Eso mimito digo yo.... ¿dónde ta la cata?....

—¿La perdiste?.....

—No señó niña Lolita, la cata solitica se fué.

—¿Cómo!.... ¿Se fué la carta?

—Si señó, niña Lolita.

—Pero hombre ¿será posible no se te pueda confiar nada?

—Si señó, se pué confía.

—¿Y la carta?

—La cata no se pué confía.

—Entonces.....

—Yo tiengue en la moyera toito lo que dijió niño Calitos.

—¿Me lo podrás repetir, sin olvidar una palabra?

—Si señó, niña Lolita, toa la palabras

tiengue yo aquí (el negro se golpeaba la cabeza) y no san díó como la catuca.

—Habla pues.

—Me dijió niño Calitos, que bendría eta noche con lo cantaores pa jabla con uté; y si no podía jabla con la niña Lolita, uté mimio me digiera depués de leer la catuca que sa pedío, si etaba dispuesta á dir mañana po la mañanita á bojió de la sabana.

—Según eso, Carlos quiere verme en casa de la negra Justa.

—Eso mimito.

Lolita quedó pensativa, pues le estrañaba la cita en semejante sitio.

—¡Ah!, po poquito me se ba de la moyera lo má mijó.

—¿Qué?, dímelo pronto.

—E niño Calitos me perará toitica la noche, poque yo mimio tiengue que yebá é recaó de la niña Lolita..... ahóra sí que no se ma olvidao naitica, ná.

—Bien, déjame sola.

¿Qué me escribiría en la carta!..... me dijo, que se trataba de un asunto grave.... no me explico la cita en el bohío de mi madre de leche, cuando tan fácilmente podemos hablar en la casa del mayordomo..... algo muy grave ocurre..... y él estaba tan serio, tan serio..... y me pareció su semblante

tan triste.... ¡Dios mío!... ¿qué haré?... y aquella mirada suplicante.... ¿le amenazará algún peligro?... Pancho, Pancho.

—Sí señó, niña Lolita.

—Cómo sí señor, ¿está en peligro Carlos?

—No señó, yo quise desí: sí señó niña Lolita, ya toy aquí.

—Corre y dile al niño Carlos que á eso de las seis de la mañana estaré en el bohío de la sabana.

No tardó en desaparecer el negro.

Lolita, hecha la decisión de ir á la cita de su amante, quedó un poco mas tranquila, se retiró á su dormitorio.

Morfeo no tuvo poder bastante para cerrar los ojos de la enamorada joveu, porque en la cabecita de la niña, apesar de su decisión, todavía se forjaron gran número de fantasmagorías, las cuales no la dejaron conciliar el sueño, hasta que la misma fatiga mental, le hizo adquirir una especie de amodorramiento desasosegado.



CAPITULO XIII

AMOR PATRIO

Los primeros rayos del sol comenzaban á infiltrarse por entre la espléndida flora de la hermosa perla de las Antillas, cuando Lolita acompañada de su fiel *Sultán*, iba con paso ligero en dirección al bohío de la sabana.

Ni los alegres trinos de los pajarillos, ni esos mil variados ruidos que producen los múltiples movimientos de la vida, que renace tras la corta muerte de una noche, tenían para la afligida niña, el delicioso encanto del que ella sabía gozar, cuando su alma no estaba como en aquellos momentos dominada por la incertidumbre.

Aquella mañana la negra Justa disponía muy contenta lo necesario para que su *niñita ángel*, tuviese un sabroso desayuno; pues sabía por Carlos, que había llegado antes del amanecer, la visita de Lolita.

En un pequeño y limpio espacio frente á la casa, se elevaba magestuosamente una corpulenta ceiba, en cuyo tronco apoyaba una mano el madrugador mancebo.

Aun estaban á bastante distancia, la hermosa joven y su compañero de excursiones cuando fueron divisados por Carlos que se apresuró á ir al encuentro de su amada.

—¡Lolita hechicera!

—¡Carlos de mi vida!

Gran rato estuvo la enamorada pareja sin pronunciar una palabra; los ojos eran suficientes para comunicar cuanto hubieran podido decir con las más expresivas frases.

Poco á poco fueron llegando á la explanada.

El mutismo duró hasta que se encontraron al pié del corpulento árbol.

Carlos rompió el silencio diciendo: Pancho me enteró de la pérdida de la carta... nada importa, puesto que estás aquí.....

Lolita suplicaba con sus miradas, la sacase pronto de la incertidumbre que tanto la affigía.

Por fin Carlos, procurando aun distraer con algunos rodeos el pensamiento principal, con objeto de no causar en su amante una conmoción demasiado brusca, le preguntó cariñosamente:

—Lolita ¿no creés que nuestra hermosa Isla debe ser querida?

La niña algo admirada de semejante

pregunta, contestó no obstante sin vacilar: ¡Con toda el alma!

—Y no es obligación de sus hijos, propender á la libertad y engrandecimiento de tan hermosa madre?

—¡Oh, sí!

—Tus contestaciones disipan el gran temor que á mi ánimo embargaba.

—Pero... esas preguntas....

—Antes de anoche juré, luchar por la libertad de nuestra patria hasta vencer ó morir.

—¡Tú!!

—Antes de una hora, debo ir á reunirme con los compañeros que me están esperando en el jagüey del río.

Palidez cadavérica se extendió por el bellissimo rostro de Lolita.

La hermosa joven exclamó con suplicante acento: ¿Has dejado de amarme?... ¿Tu corazón no protestó de ese juramento que iba á causar la desgracia de un ser que tanto te adora?... ¿Tendrás suficiente valor para dejarme entregada á la desesperación?... ¿No comprendes que el sólo pensamiento de que tu vida está continuamente en peligro, me hará morir de dolor?... ¡Carlos!... ¡mi amor!... ¡mi vida!... ¡yo!.....

A no precipitarse Carlos para soste-

ner á la pobre niña, ésta hubiera caído al suelo, como un tierno lirio tronchado por la hoz.

El apasionado joven, no menos pálido que su adorada, procuró hacerla volver en sí.

Cuando la niña abrió los ojos y vió la demudada faz de su amante: ¡No era posible que tu corazón me abandonara! dijo, interpretando las amorosas miradas de su amante, como una resolución de no partir.

Carlos esperó sin decir una palabra, á que volvieran algún tanto los colores á las mejillas de la niña. Cuando la consideró ya más repuesta, le dijo con firme entonación:

—Lolita, he jurado ir á la guerra y cumpliré mi juramento; es tan firme mi propósito, que nada será capaz de hacerme desistir de él; ya ves, tus lágrimas, cada una de las cuales me causa tormento indescriptible, no contendrán mi voluntad. Me consideraría yo el más pusilánime de los hombres, si pospusiera mis deberes para con la patria á cualquier otra consideración. Ahora bien:

Si tu corazón es capaz de palpitar por un cobarde; si tu alma puede querer á quien se entrega á las inefables dulzu-

ras del amor, mientras sus hermanos tratan de renovar la cruenta lucha; si tu crees que el sacrificio de la vida es demasiada ofrenda para el bendito suelo que sustenta nuestro ser, cese de figurar mi nombre en tus pensamientos; borra de tu imaginación la imagen de mi cuerpo; no consideres á mi alma como parte de tu alma. . . . yo, como te quiero y te amaré siempre aún cuando tu me rechazaras, invocaré tu adorado nombre en los combates, y ese grito del alma, será el constante acicate de mi ardor en las batallas para lograr el triunfo, ó el nombre, que cariñosamente recordarán mis compañeros de lucha, si Dios dispone mi muerte defendiendo la hermosa libertad de mi patria idolatrada.

A medida que Carlos se expresaba con la vehemencia natural de sus patrióticos sentimientos, Lolita se rehacía visiblemente y cuando aquel concluyó, ésta le puso sus pequeñas manos sobre los hombros, y mirándole con inusitada intensidad: ¡Carlos!, dijo con voz entera, ¡mi bien querido! Si mi corazón pudiera arrancarse de este pecho para colocarlo en el tuyo, latiendo al unísono de las palpitations de tu corazón, te demostraría, no es menos profundo el

sentimiento del deber patrio en mi alma que en la tuya.

Vete, lucha con denuedo y vencido ó vencedor, yo te esperaré para estrecharte entre mis brazos; pero no olvides jamás que la mujer cubana tan firme en el amor, sabe destrozarse el corazón, para que ninguno de sus hijos le falte á la hora del combate á la sacrosanta madre patria.

Los dos amantes, tan conmovidos el uno como el otro, se estrecharon fuertemente entre sus brazos.

.....

 —¿Pero no van á desayunarse hoy? preguntó Justa, asomándose á la puerta de su casa.

Carlos y Lolita, con las manos entrelazadas se dirigieron á la casa donde ya la negra tenía dispuesto en una mesita y sobre blanco mantel, un espléndido é incitante desayuno.

Los enamorados apenas si probaron nada de tantas cosas como había preparado la cariñosa Justa.

En el poco tiempo que les quedaba para separarse combinaron el medio de comunicarse mientras Carlos estuviera en campaña, pensando muy acertada-

mente en adiestrar á Sultán para que fuese el mensajero de sus correspondencias.

El inteligente perro cual si comprendiese el importante papel á él encomendado, comenzó á ladrar muy alegre como si contestase aceptando tan difícil comisión.

Por fin se despidieron de Justa, y después de abrazar por última vez á su anada, corrió Carlos hacia el lugar en el cual era esperado por sus compañeros.

Lolita, estuvo con la vista fija en su amante, hasta que desapareció en una revuelta del camino, entonces, lentamente y con la cabeza inclinada, se dirigió la enamorada doncella al Ingenio.



CAPITULO XIV

CONTINUACION DEL ANTERIOR

Cerca ya de la casa vivienda estaba Lolita, cuando oyó la bondadosa voz de su padre, que le decía: Muy pronto has concluido tus visitas; ese es indicio de la buena salud de quienes proteges; pero... ¿estás triste?... ¡qué pálida!... ¿te ha sucedido algo desagradable?

—¡Ay papá! me aflige una pena muy grande.

—Pues hija de mi vida, dime cual es esa pena. ¿Quién te consolará más cariñosamente que tu padre? No tardes en participarme tu aflicción y ya verás como mi paternal amor me sugiere enseñanza un lenitivo á tu sufrimiento.

Don Pedro, había rodeado con un brazo la cintura de su hija, y acompañando las anteriores frases y otras no menos cariñosas, con los mimos mas tiernos, condujo á Lolita hasta la sala.

Sentóse el buen padre en un sillón, y acercando una silla; siéntate aquí, bien cerquita... así... eso es... ahora dime la causa de tu palidez... ¡Lloras!

—¡Padre mio!... Lolita, tras esta

exclamación, prorrumpió en sollozos.

—Vamos, cálmate hija mia, reclina en mi pecho tu linda cabecita.

Apenas si don Pedro podía contener las lágrimas, al observar la gran congoja de su querida niña.

—¡Padre!... ¡amo á Carlos, con toda mi alma!

—Pues me alegro mucho, dijo, tranquilizándose, don Pedro. Me falta saber quien es el afortunado Carlitos.

—Tú le conoces, este año conchuyó su carrera de abogado.

—¡Ah!... entonces debe ser el hijo del señor Suárez.

—Sí papá.

—Y como es un joven digno, instruido y por añadidura le espera una buena posición pecuniaria, salvo el regañito correspondiente que merecéis los dos, por no haberme manifestado antes vuestros sentimientos, apruebo por completo unas relaciones que satisficieron mucho mis deseos; así pues, se acabaron los gemiditos.

—¡Papá, cuán bueno eres!

—Pero... aún corren lagrimitas por tus mejillas.

—Carlos, se ha ido á combatir por la independencia de nuestra patria.

—¡Qué dices!... ¡tú desvarías!...

Desgraciadamente es imposible por ahora continuar la lucha. ¿No sabes que hace unos cuantos meses se realizó el pacto del Zanjón?

—Lo sé papá, pero aún hay jóvenes valerosos que no conformándose con el convenio verificado en el Camagüey, han resuelto continuar la lucha hasta vencer ó morir. ¿Carlos es uno de ellos!

—¿Cuándo te han dado tal noticia?

—El mismo Carlos me lo ha manifestado, hace apenas una hora, al ir á reunirse con sus compañeros.

—Y tú hija mía, ¿adoras á Carlos?

—¿Con toda mi alma!

—No te querrá él mucho, cuando pospone tu cariño á los azares de una tremenda contienda.

—Su amor es tan intenso como el mío.

—Siendo así ¿cómo en tu pasión por él, no has encontrado frases convincentes para hacerle desistir de esa en la actualidad inútil empresa?

—Padre, mi alma se acongoja al pensar que una bala puede matar al ídolo de mis amores, pero en mi espíritu siempre habrá una idea mitigadora de mi dolor profundo, demostrándome que

Carlos está cumpliendo el más sagrado de los deberes del hombre.

Otra vez la hermosa niña, se transformó á impulsos de tan nobles sentimientos.

—Ves, ya no lloro; ya mi pensamiento ha fortalecido mi cuerpo; me verás tranquila en lo sucesivo; y con fé inquebrantable en el amor de Carlos, y sostenida por el gran cariño del mejor de los padres, yo sabré colocarme á la altura en que tantas veces se ha sabido mantener la mujer cubana. si preciso fuera, sería hasta capaz de enarbolar en un combate la hermosísima bandera de mi patria.

—Bien dicho, hija mía; y aunque comprendo la ineficacia de los esfuerzos que han de hacer quienes se sienten con bríos suficientes para continuar una lucha imposible en la actualidad, no seré yo seguramente quien trate de disminuir en tí esos sentimientos que tanto me enorgullecen.

—¿Estás conforme con mi modo de pensar?

—Con todo mi corazón, ¡hija del alma!

—Padre. si la que me dió el ser estuviera entre nosotros ¿crees que aprobaría mis ideas?

—¡Oh, sí! y bien demuestras que su sangre corre por tus venas.

Tu madre, hija mia, fué mártir de su patriotismo. ¡la sabana grande es mudo testigo de lo que ella realizó!

Mucho me ha satisfecho el oírte, porque me has probado, que si llegara el caso, serías capaz de repetir los actos de tu heroica madre.

Recuerdas el viaje que hace seis ú ocho años hicimos á Puerto-Príncipe?

—Ya lo creo, jamás olvidaré las caricias y bondades de mis tíos y primos.

—Pues aquel viaje tuvo por objeto, entregar á la familia de tu madre, que era camagüeyana, una cajita de plata, cuyo interior estaba lleno de tierra ensangrentada del lugar en que mi esposa cayó, abrazada á la bandera, que yo había tremolado en el combate, la cual me fué arrebatada al caer herido, y que ella, tu bendita madre, arrancó de manos del enemigo, en un momento de sobrenatural valor.

—¿Y esa bandera?

—Colocada está en secreto recinto, á la cabecera de la cama, en la habitación que fué de mi inolvidable esposa, en nuestra morada de la población.

—Padre, yo deseo abrazar esa bandera.

—Cuando quieras podrás hacerlo.

—Hoy mismo, si te parece, iremos al pueblo, para que yo pueda venerar la memoria de mi santa madre, contemplando la gloriosa bandera que recogió sus últimos suspiros.—¿Verdad papá que iremos hoy?

—Sí hija mia, la vista de tan hermosa insignia te fortalecerá, porque la contemplación de la sangre vertida en los combates es la savia que mantendrá siempre latente, el sentimiento productor de los héroes de la patria, hasta que consigan su libertad.

—¡Padre! ¡padre mio!! cuán acreedor eres á mi más entusiasta amor filial.

En este momento vinieron á avisar que un eriado de don Jerónimo solicitaba ver á don Pedro.

—Que pase, que pase. ¿Ocurre alguna novedad?

—Señor, solo hace unas dos horas ha vuelto en sí don Jerónimo de un fortísimo ataque que sufrió anoche, y me manda, para comunicarle á usted que aun cuando su enfermedad no es de cuidado, no le será posible venir hoy, como se lo había prometido á usted, pero mañana procurará no faltar.

—Papá, como nosotros hemos de ir

al pueblo, pudieras evitarle á don Jerónimo la molestia de.....

—Tienes razón

—Dile á tu amo, que hoy mismo pasaré yo por allá.

—Muy bien señor.

La corta conversación con el eriado, fué muy á propósito para tranquilizar á don Pedro y su hija, quienes pudieron, al retirarse el sirviente, dedicarse casi como de costumbre, á sus habituales ocupaciones.



CAPITULO XV

EL DELIRIO

Cuando llegó don Jerónimo á su casa, la noche anterior, sacó de un bolsillo de su levita, el sobre recogido al pié del cocotero, y después de abrirlo, en una carta que contenía, leyó las siguientes palabras:

Lolita adorada: Anoche juramos varios patriotas, continuar luchando por la defensa de nuestros ideales, haciendo caso omiso del pacto celebrado en el mes de Febrero.

Te pide un abrazo, el primero, ¡quizá sea el último!, tu siempre amante,

Carlos.

Don Jerónimo quedó como reflexionando después de leer la pequeña carta.

Al poco rato, paseándose de un lado hacia otro, con la precisa exactitud de un autómeta, empezó á monologar:

¡Lolita ama, y es amada!..... ¡Un abrazo de amor, y después á combatir por sus ideales!..... ¡Hermosos sentimientos!..... ¡Luchar por la patria!, ¡sacro deber encarnado en el humano corazón!.... ¡Con cuánto ardor se agi-

ta la sangre de quien se esfuerza en obtener el engrandecimiento del suelo en que nació!..... ¡También he combatido yo por mi Cuba querida!..... Muchas veces he derramado mi sangre en las batallas; y aun cuando me condujo al campamento, la desesperación, no por eso ha sido menos efectiva mi ofrenda á la patria.....

¡Qué desconsoladores recuerdos!.... ¡Cuán terrible es á veces la memoria de los tiempos pasados!..... ¡Una madre asesinada!..... ¡dos hijos abandonados!.... ¡dónde habrá conducido á tan tiernas criaturas el á veces desastroso torbellino humano!.....

¡Pobres hijos míos!.... ¡con qué insistencia se presentan sus infantiles facciones á mi imaginación!..... ¡Desgraciada madre!.... ¡Infeliz de mí!

 ¡Podrán alejar de mi mente estos horribles recuerdos los cariños de Lolita?.... ¡Oh, sí!.... la primera sonrisa que entreabrió mis labios después de la catástrofe, la causó ella..... ¡Tú sólo eres, hechicera niña, quien puede alejar de mi imaginación tan horribles memorias..... pero..... ¡Cómo es posible que apesar de las grandes torturas de mi alma, las cuales me abaten

tanto, se halle dominado mi espíritu por el insensato deseo de tener á mi lado á esa encantadora mujer?.... ¡mas ella!.... nunca sentirá latir su corazón impulsado por mi amor.... pero..... ¿es amor, irresistible pasión, deseo lascivo ó egoísmo, este mi poderoso afán para tratar de conseguir hacer de esa niña mi esposa?

No lo sé..... no puedo determinarlo.... ¡Profundos é indescifrables abismos de los humanos sentimientos!

Pero.... ¡á qué martirizarme persiguiendo un imposible? ¡Por qué obrar contra mi modo de ser ejecutando actos que me son repulsivos, quizá para no poder realizar mis deseos?.... ¿No es prueba evidente esta carta de que su amor pertenece á otro?..... hace tiempo que yo sé eso; y sabiéndolo sufro, y apesar de todo, mi único anhelo es hacerla mía, sólo mía.

Hoy más que nunca vislumbro una esperanza. ¡Por qué no puede librarme de Carlos una bala enemiga?.... En cuanto á don Pedro, con dificultad saldrá de mi poder sin hacer jironés de su honor....

Es preciso que yo sea dueño absoluto de Lolita, necesito tenerla constantemente á mi lado, me son indispensables sus caricias para auventar estas espan-

tosas visiones que me aniquilan... ¡Oh! por hacerla mi esposa, no me arrebataría ni el crimen... ¡Asesino! ¡Asesino! ¿Pretendes que tu aliento marchite la virginal pureza del ángel de Caridad?... ¡Atrás, asesino!... ¿Quiéres en otro momento de ciego arrebató, volver á hundir tu puñal en un ser inocente?... ¡Huye!, ¡huye del mundo! ¡asesino infame!... ¡Yo impediré que vuelvas á sa- ciar tus sanguinarios instintos!... ¡Atrás, asesino, atrás!.....

Don Jerónimo, la faz lívida, los ojos exageradamente abiertos y los brazos en actitud de quien trata de rechazar una agresión, iba retrocediendo poco á poco, sin cesar de repetir las palabras ¡Atrás, asesino! ¡atrás! ¡asesino, asesino!... hasta que tropezando con un sillón, cayó cuan largo era en el pavimento, quedando rígido como un cadáver y fija la vista de sus ojos vidriosos en un punto imaginario.

Un criado acertó á pasar por el lugar en que se encontraba el banquero, y sobresaltado al ver á su amo en aquella situación, dió grandes gritos, pidiendo auxilio.

CAPITULO XVI

LA SAGRADA RELIQUIA

Concluían de almorzar Lolita y don Pedro, cuando éste mandó ensillar su caballo favorito y la jaquita en la cual acostumbraba pasear la mimada joven.

Avisados de que los caballos estaban listos, montaron en ellos, y poco tiempo les fué suficiente para llegar á la población.

Se dirigieron á su casa, y después de entregar á un criado los animales, penetraron en la para ellos especie de santuario, que había sido la habitación dormitorio de la esposa del señor Ustariz.

Embargado por religioso respeto, descolgó don Pedro un gran cuadro, que había como pegado al muro encima de la cabecera de la cama, en el cual estaba pintado magistralmente un combate, destacándose en primer término, la figura de una hermosa mujer que caía herida, envuelta en los pliegues de una ensangrentada bandera cubana.

En el espacio cubierto por el cuadro, había una tablita larga y estrecha cuyo color no permitía apenas distinguirla de la pared. Al oprimir don Pedro un

pequeño resorte, se corrió la tablita hacia un lado, dejando descubierto un hueco en cuyo interior había un estuche fórrado de terciopelo negro; abierto éste, se vió una bandera cubana agujereada, con los bordes deshilachados y casi toda ella cubierta por grandes manchas de sangre.

Cuando Lolita tuvo en sus manos la gloriosa insignia, después de besarla con ardor repetidas veces, se arrodilló ante el cuadro que á un lado de la cama había reclinado don Pedro, y oró fervorosamente por el alma de su heroica madre, al mismo tiempo que continuas lágrimas caían sobre la inapreciable bandera.

Don Pedro, de pié detrás de su hija, con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza inclinada, también oraba por la inolvidable compañera que ofrendó su vida á la patria.

¡Cuán consoladora fué para Lolita, aquella espiritual comunicacion con la que le dió el ser!

Muchas fueron las veces que desde aquel día, derramó la hermosa niña, lágrimas producidas por sus nobles sentimientos filiales, sobre la sagrada reliquia.

Vuelta á colocar la bandera en el es-

tuche, encerrado éste en su lugar, y colgado sobre el muro el cuadro, con el mismo religioso respeto anterior, padre é hija salieron de la habitación, que era para ellos un santuario.

Don Pedro condujo á su hija á la casa de unas amiguitas que aprovecharon la oportunidad para dar un paseo con Lolita, mientras el señor Ustariz fué á visitar á don Jerónimo.

Por la tardecita, padre é hija volvieron al Ingenio, muy aliviados sus corazonces, por el solemne acto que habían realizado.



CAPITULO XVII

LAS PELEAS DE GALLOS.

Por el camino de la hoja de lata, ó como dicen los habitantes de aquellos contornos, hojalata, avanzaban varios jinetes, entre los que se distinguían delante don Pedro y don Jerónimo, y como á unos cincuenta pasos, los galleros de don Pedro, con unas jabas en las cuales traían varios magníficos gallos finos.

Cuando llegaron á la tienda cuya muestra daba nombre al camino, se apearon para descansar un rato y después de beber cada cual lo que más le plugo, volvieron á montar, y al rápido paso de sus caballos llegaron hasta el Quemado de Güines.

Gran movimiento se notaba en este rico pueblo de la jurisdicción de Sagua la Grande; y era que sus habitantes, disfrutaban del mejor modo posible, la alegría general que ocasionaban las fiestas de los primeros días del año.

La víspera y antevíspera de la llegada de nuestros personajes se habían realizado gran número de peleas, y los aficionados que casi puede decirse lo

eran todos los habitantes del Quemado sin distinción de sexos ni edades, no cesaban de hacer comentarios acerca de lo guapos que habían estado el Jiro y el Canelo; el Mayito y el Totí, y todos cuantos animalitos hubieron de demostrar su valentía y fiera en la valla.

Don Pedro y don Jerónimo, se hospedaron en una fonda de bastante buena apariencia.

Al día siguiente el señor Ustariz hubo de esperar un gran rato para almorzar, porque el banquero pretextando la visita á algunos corresponsales, tardó bastante en volver para sentarse á la mesa.

Apenas tomado el último sorbo de café, se dirigieron los dos amigos á la valla de gallos.

Hacía ya gran rato que habían comenzado las peleas, por lo cual, se oía á mucha distancia, el ruido, que trás las intermitencias características, producían centenares de personas, gritando todas á la vez.

Al penetrar los dos amigos en el pequeño circo, fueron á sentarse en los lugares de la primera grada, para ellos reservados por sus servidores.

Concluida una de las peleas, se presentaron en el redondelito, Nicolás, con

un hermoso gallo malatobo de arrogante presencia, y Antonio, en cuya mano izquierda cantaba un gallo jiro, no menos vistoso que el malatobo.

Inmediatamente comenzaron los comentarios en el público, que pronto se dividió en dos bandos.

Después de medidos los espolones y pesados los gallos, mientras se concluían los demás preliminares de toda pelea, Nicolás y Antonio cuqueaban sus respectivos gallos, con la indiscutible maestría que ambos poseían, ora balanceándolos, ya pellizcándolos, bien aproximándolos uno á otro, pero sin dejar que se tocaran cuando los animalitos hacían ademán de picar.

A una señal del juez de campo, los galleros, sin cesar de mirarse, colocaron las pequeñas fieras en el cuadradito de madera situado en el centro del redondel.

Nicolás y Antonio se retiraron cerca del tablado, donde puestos en euclillas andaban de un lado para otro, siguiendo á sus gallos, sin que su fija atención perdiera uno solo de los movimientos de los dos animalitos.

Pronto empezaron los gritos de los allí reunidos, cuyos sentimientos, no tardaron en estar completamente supe-

ditados á los diversos accidentes de la interesantísima pelea.

Por toda la valla se repetían frases como las siguientes:

—Voy un doblón á mi gallo, á mi gallo un doblón.

—Diez pesos al jiro, al jiro le voy diez pesos.

—Pago.

—Media onza al malatobo.

—¡Arriba gallito jiro!

—¡Abemaria, qué golpe de tijereta!

—Una onza, una onza, al malatobo voy una onza.

—¡Abrete penca de guano!

—¡Aguanta!

Individuo había que con sus movimientos imitaba sin poderlo remediar, á los gallos.

Uno de los más entusiastas vociferó: ¡Cien pesos á mi gallo!, ¡al malatobo, voy cien pesos!

—Pago, dijo un guajiro que estaba á alguna distancia de quien había vociferado.

—Pagó, contestó el primero señalando al campesino con la mano.

—Mire, camará, replicó el guajiro, sonriéndose burlescamente y haciendo signos negativos: No vá ná, yo no pago ni medio.

Cuantos estaban cerca, se rieron en grande de la ocurrencia.

Los gallos, con los picos entreabiertos y llenos sus cuerpos de sangre, luchaban encarnizadamente.

Difícil se hacía apostar á favor de uno ú otro, pues ambos eran fuertes y de condiciones muy parecidas.

De pronto, se elevaron á impulsos de un gran revuelo, y cayeron trabados. Al momento se abalanzaron á ellos los galleros.

- ¡Suéltalo!, ¡suéltalo!
- ¡La pelea está por el jiro!
- ¡El malatobo gana!
- ¡Que los suelten, que los suelten!

Antonio y Nicolás, rociaron las cabezas de los animales, con buchets de aguardiente; les limpiaron la sangre, pasándoles cuidadosamente pequeños pañuelos encarnados, y acondicionaron con gran destreza á los animalitos para que pudiesen continuar la pelea.

El juez, apenas hicieron el movimiento de avance los galleros, cojió con la mano derecha una ampolleta de cristal (pequeño reloj de arena) que á su lado tenía y la levantó á la altura de sus ojos. Al cabo de un rato dijo: ¡A pelear!

Los gallos volvieron á ser colocados en sus respectivos puestos.

—¡A peso la voy, á peso la voy!

—¡A doblón la voy, á doblón la voy!

—¡Diez pesos contra uno!, ¡veinte pesos á dos!

—Pago.

—Pago.

—¡Una onza contra media!

—Pago.

—¡Le reventó un ojo!

—¡Le tumbó las patas!

—¡Mete, malatobo!

—¡Arriba gallo giro!

—¡Lo mató! ¡lo mató! ¡lo mató!

—¡Nó! ¡nó! ¡nada le ha hecho! ¡arrempuja gallito!

En aquel momento la gritería era espantosa. La robusta voz de don Pedro dominó aquel estruendo al decir: treinta onzas voy al malatobo.

Don Severo después de dirigir una mirada inteligente á don Jerónimo, contestó con voz chillona: Pago.

Como si los gallos esperaran tan fuerte apuesta para terminar, redoblaron su furor de tal modo, que los revuelos se sucedieron sin cesar durante tres ó cuatro minutos.

El público en el paroxismo del entusiasmo llegó hasta el frenesí, produciendo con sus enronquecidos gritos como

un continuado trueno que se oía á gran distancia.

En uno de los revuelos, el jiro dió tan tremendo espolonazo al malatobo que éste cayó patas arriba. El golpe había sido mortal.

Los atronadores aplausos, ruidosísimos comentarios é indescriptibles aclamaciones, no cesaron hasta que comenzó á casarse otra pelea.

Mal principio tuvo para don Pedro la temporada.



CAPITULO XVIII

EL CORREO NEGRO

Perfectamente establecida quedó la comunicación entre los dos amantes por medio de *Sultán*, que necesitó muy poco tiempo para conocer la mayor parte de los campamentos en los cuales podía encontrar á Carlos.

—¡Alto! ¿quién vive?

Nadie contestó.

—¿Quién vive?..... Antes que se oyera el tercer ¿quién vive?, un perro pasó veloz como un relámpago, casi rozando las piernas del soldado.

—El correo negro, murmuró el centinela.

Eran tantas las veces que los soldados habían visto á *Sultán*, que le llamaban el correo negro, pues comprendían en el animal, un conductor de correspondencia; por esta razón, fueron muchas las trampas preparadas para poseionarse del original mensajero, pero el astuto can las evadía, cual si estuviera dotado de humana inteligencia.

Sultán, sólo en casos de imprevisible necesidad pasaba por entre algún destacamento; los sustos que había pa-

sado y su instinto maravilloso, le hacían comprender, cuán peligroso era para él, el contacto con los soldados; en cambio, no cesaba de jugar con todos cuando esperaba la correspondencia de Carlos en algún campamento insurrecto, como quien sabe está entre amigos.

En más de una ocasión le hicieron algunos disparos, pero siempre tuvo la fortuna de salir ileso.

Se contaban tantas historietas de los actos realizados por él, burlando á sus perseguidores, que bien podía competir en fama con la de sus congéneres *Medor*, *Top*, *Muflú*, *Palomo* y otros perros famosos citados en las historias.

El noble animal llevaba todas las semanas una carta de Lolita para su amante, y rara vez tardaba más de veinte y cuatro horas en volver con la contestación.

Los terrones de azúcar y las continuas caricias de su ama y de Carlos, tenían siempre contentísimo al correo negro; en verdad que las frecuentes fatigas, la astucia de que tantas pruebas daba y la fidelidad del valiente animal, le hacían muy acreedor á las para él agradabilísimas recompensas.

¡Cuántas veces!, los oficiales de las

fuerzas españolas que con frecuencia pernoctaban en el Ingenio, si tenían oportunidad de hablar con Lolita, referían á ésta las hazañas del correo negro, sin sospechar que quien las oía con mucho agrado, no exento de temor, era la dueña del protagonista de sus narraciones.

Entre las anécdotas que se contaban de *Sultán*, había una que siempre causaba la hilaridad de quienes la oían. Cuando se la contaron á Lolita, ésta le demostró al perro su admiración con tal abundancia de terrones, que *Sultán* se estuvo relamiendo de gusto más de media hora.

La narración causa del entusiasmo de Lolita, fué la siguiente:

Al pasar una noche, con la acostumbrada rapidez por entre un destacamento en el cual había penetrado atravesando una cerca de púa de ratón, por ser éste el único camino posible para llegar á su destino, una larga serie de palos que casi rodeaban el destacamento y que no pudo salvar de un salto por ser la empalizada demasiado alta, impidió al perro pasar al lado opuesto. Buscando estaba el valiente animal, algún madero flojo ó pequeño hueco para escurrirse, cuando fué visto por un sol-

dado, quien inmediatamente, y con muestras de la mayor alegría llamó la atención de sus compañeros gritando: ¡El correo negro, el correo negro! ¡Venid, venid pronto!.....

—¿Dónde? ¿dónde está?, preguntaron varios soldados.

—Por aquí lo acabo de ver, la empalizada le impide salir de la ratonera en que se ha metido.

El acorralado perro, comprendiendo el peligro, buscaba un lugar de refugio y tuvo la suerte de, sin ser visto por los soldados reunidos á los gritos de su compañero, introducirse por la entrea-bierta puerta de un caserón, que servía de morada á los oficiales de aquel destacamento.

Los soldados buscaron por todas partes, miraron todos los rincones, y el correo negro no parecía. Hasta un amplio corral en el cual había un desvenejado gallinero en el que descansaban algunas aves, fué minuciosamente registrado, y nada. ¿Se había volatilizado *Sultán*?

Despertados quienes estaban en el caserón por la algarabía de los soldados, salió de él un capitán, en mangas de camisa, dejando completamente abierta la entrada del antiguo edificio.

—¿Qué sucede? ¿A qué tanto alboroto?

—Mi capitán, dijo uno, el correo negro.

—A saber donde estará.

—En este destacamento.

—¡Aquí! ¿Cómo no lo habeis cojido?

—Hace más de un cuarto de hora lo estamos buscando, sin resultado.

—Preguntad en la portada si ha pasado por allí; quizá mientras le buscábais, él haya salido aprovechando algún descuido del centinela. Es muy la-dino el tal correo negro.

Todos se dirigieron al sitio indicado.

De repente, el astuto animal, llevando en la boca algo que casi le arrastraba, pasó como una exhalación por entre los soldados, en el preciso momento en que éstos preguntaban al centinela si había visto el perro.

—¡Ahí vá!, ¡ahí vá!, ¡mátalo!, ¡mátalo!, exclamaron varios á un mismo tiempo.

El centinela le dirigió algunos disparos.

—Imbéciles, le habeis dejado escapar otra vez, dijo el capitán, y se volvió al caserón de muy mal humor.

Como se había desvelado y la noche estaba algo fresca, quiso completar de vestirse, para pasear un rato.

—¿La guerrera?..... ¿Dónde estaba la guerrera del capitán?
 ¡¡Se la había llevado el correo negro!!



CAPITULO XIX

UNA HIJA MODELO

Serían como las dos de la tarde de uno de los últimos días del mes de Febrero, cuando por la guardarraya que conducía á la casa vivienda del Ingenio, apareció don Pedro, jinete en brioso caballo.

Apenas lo distinguió Lolita, salió corriendo á su encuentro y pronto se abrazaron cariñosamente el padre y la hija.

—¿Y bien papá?.... ¿cómo te ha ido este año en tu imprescindible temporada?

—Mal, hija mia, muy mal; tanto, que estoy dispuesto á suprimir las peleas de gallos.

—Hasta el año próximo, ¿verdad?

—No hija, te puedo hacer la formal promesa de no dejarte en lo sucesivo sola, ni un sólo día, por ir á la desgraciada excursión.

—Por más que lo dices con mucha formalidad, bueno será que no me alegre demasiado por el propósito de cumplir tu promesa, hasta no ver la ratificación en el mes de Enero.

A don Pedro, no le faltaba motivo

para resolverse á no volver otra temporada; en la que acababa de terminar, había aumentado su deuda para con don Jerónimo en más de quinientas onzas.

—Ya verás si cumplo ó nó.

—Es decir que por ahora, ¿se acabaron los gallos?

—Y por siempre.

—Para demostrarte cuánto me alegra tu decisión, te voy á dar lo menos dos abrazos.

—Es la única manera de consolarme, dijo don Pedro, correspondiendo á las caricias de su hija.

—Tengo otra, mucho más efectiva.

—¿Cuál?, para mí nada hay como tus caricias.

—Precisamente te convenceré por ella, de que mientras tú te distraías alegremente con tus gallos.....

—Nó, alegremente, nó.

—Bueno, del modo que fuese, yo, pensaba todos los días en mi papá.

—A demostrar prácticamente esa verdad.

—Señor incrédulo, siéntese V. aquí y espere un momento.

Lolita fué á sus habitaciones, y volvió enseguida trayendo una hermosa bata de verano y unas pantuflas, deli-

cadamente bordadas, que durante los dos meses había hecho para don Pedro.

—Vaya, señor émulo de Santo Tomás.

—Cada vez estoy más convencido de que eres una hija.....

—Como se merece un padre tan bueno.

Concluidas las demostraciones de cariño, don Pedro se retiró á su despacho al cual acudió enseguida que le llamó, el administrador del Ingenio, y dueño y empleado trataron de los asuntos y marcha de la plantación durante los dos meses que había durado la ausencia del señor Ustariz.

Ya el administrador terminaba de dar cuenta á don Pedro de cuanto necesitaba éste conocer, cuando llamó la atención de ambos el oír la sirena de la casa de máquiuas y grandes voces en el batey.

—¡Fuego! ¡fuego! ¡fuego!

Varios empleados y negros llegaron corriendo á la casa vivienda y dieron la fatal noticia de que una gran parte del Ingenio estaba ardiendo.

Don Pedro y el administrador, se dirigieron enseguida al lugar del incendio, dando las órdenes oportunas para atajar el fuego.

Inmediatamente se hicieron contra-

candelas en varios sitios para sofocar en lo posible ahogándolo, al voraz elemento, pero este se extendió tan rápidamente hasta el mismo batey, que los desesperados esfuerzos de la dotación y empleados no fueron suficientes á impedir la destructora obra de las llamas, y en pocas horas, gran parte del Ingenio y muchos de los edificios que rodeaban el batey fueron destruidos.

Cuando don Pedro pudo darse cuenta del enorme desastre, estuvo á punto de volverse loco y quizá hubiera perdido la razón si Lolita no hubiera mitigado con sus razonables consejos y tiernísimas caricias, la desesperación de su querido papá.

—Todo se reduce, decía algunos días después de la catástrofe la angelical niña, á que nos vayamos á vivir á la población durante el tiempo que sea necesario para resarcirte de tan grandes pérdidas; la mimada niña Lolita, sabrá pasarse sin teatros, bailes, vestidos de seda, y etc., etc.

—¡Hija de mi alma!

—Fuera penas, papá; ya verás como tu hija ha de vivir con la sencillez de una señorita cuya posición es modesta; por supuesto, impongo prohibición absoluta de que te me prives de tus ha-

bituales satisfacciones, bien que, conociéndolas yo, ya tendré buen cuidado de subvenir las hasta nueva orden pagando los gastos.

—¡Tú!!

—¡Yo, sí señor, yo! ¿Se olvida mi buen papá que su esplendidez durante muchos años han hecho de la niña Lolita, casi un potentado?..... Ya veremos si te faltan tus ricos tabacos, escogidos licores, la escepcional cerveza y el imprescindible café de superior calidad.... ¿Eh?..... ¿estoy ó nó bien enterada de los vicios de mi señor papá?

Don Pedro lloraba oyendo á su hija, y exclamó: ¡Bendita sea, mil veces la hora en que naciste!

Pocos días después, se trasladaban á la población, pues las pocas casas que en pié habían quedado en el Ingenio, casi no eran suficientes para cobijar á la dotación y á los indispensables empleados que quedaron.

En cuanto don Jerónimo se enteró de la desgracia de su amigo, se apresuró á poner á la disposición de éste el capital necesario para reponerse de tal quebranto, pero don Pedro no quiso aceptar tan gran obligación, pues se proponía con sus propios esfuerzos tratar de recuperar lo que había perdido.

CAPITULO XX

UNA FAMILIA CASI FELIZ

Existía en la época que ocurrieron los sucesos que vamos relatando, en la ciudad habitada por nuestros personajes, un barrio llamado Cocosolo.

Este barrio lo constituían un centenar de casas bastante pobres, situadas á uno y otro lado del camino por el cual se iba á una pequeña plantación mucho tiempo hacía abandonada, la que llamaban el Ingenito, cuyos ruinosos edificios servían de albergue á unos chinos que se dedicaban á la siembra, recolección y venta de toda clase de hortalizas.

En una de las pequeñas casas de Cocosolo, penetró un sargento de la infantería española.

Apenas pasados los umbrales, se sentía ese bienestar especial que causa el verse rodeado del aseo y limpieza que tanta alegría dan, aún á las más miserables viviendas.

El militar entró con la franqueza y desenvoltura de quien sabe ha de ser recibido cariñosamente.

—¿No hay quien se presente á reci-

bir órdenes?..... ¿A ver señora doña mamá, se duerme ó qué se hace?

—¡Hijo del alma!, exclamó una dama que interrumpiendo su trabajo al oír la para ella tan querida voz, corrió á estrechar en sus brazos al buen mozo, que en realidad lo era el sargento.

—Mal, muy mal, dijo éste, correspondiendo á las caricias de su madre; no hay modo de enseñar á mi querida mamá lo prescrito en las ordenanzas..... ¿Señorita hermana?, volvió á llamar.....

—Prasente, mi sargento, contestó una preciosa joven, saludando militarmente con muchísima gracia.

—Muy bien, muy bien, te has ganado una cruz que te daré gustoso, por tus rápidos adelantos en el conocimiento de las ordenanzas militares.

—¿Cómo has estado tantos días sin venir, hijo mio?

—Porque la obligación, es lo primero; ganar algunos pesos siendo el escribiente general del batallón, es lo primero; cobrar la paga que estaba al caer de un día para otro y por fin cayó, es lo primero; comprar la cruz.....

—¿Y mamá y yo?, ¿qué somos?

—Mamá y tú, pues tú y mamá, y tú, tú.....

—Tururututu.

—Vosotras sois antes que todo y sobre todo.

—¡Olé! por los sargentos que tienen corazón.

—Oiga V. ¿se está quedando conmigo la señorita recluta?

—A las órdenes de mi sargento, dijo Clarita, cuadrándose militarmente.

Las risas de los hermanos pusieron fin al coloquio.

—Mi señora doña Mercedes, me complazco en entregar á V. los veinte y cuatro duros que constituyen el total de mi paga; y un plus de cincuenta pesetas, ganadas por este niño, ejerciendo de memorialista. ¿Está V. conforme?

—¿Cómo no estarlo con un hijo tan bueno?

—Pues alegrando la carita, se demuestra la satisfacción, por aquello de que el movimiento.....

—Plan, plan, plan, rataplán, plan plan.....

—¡Bravo!, ¡bravo! Cuando digo yo que mi hermanita.....

—Es la hermanita del hermanito.

—Oído, señorita recluta.

—A la orden.

—Me es sumamente grato, premiar los adelantos realizados por V. en el co-

nocimiento de las ordenanzas militares, concediéndole esta cruz.

El sargento, sacó del bolsillo un estuche que contenía un sencillo prendedor de oro, en forma de cruz, y lo puso en las manos de su hermana.

—Mi sargento, declaro que es V. el hermano más espléndido, y el militar de mejor gusto artístico del ejército español.

—Y yo afirmo que V. es la recluta más zalamera, aduladora y gitana del ejército femenino universal.

—A mi vez diré, que sois los hijos más amantes que puede tener una madre.

En vista de la unánime conformidad en nuestros pareceres, replicó el sargento, á la una, á la dos, y á la.....

Un estrecho abrazo terminó la cariñosa escena, prueba evidente de la felicidad que reinaba en la humilde morada, cuyos habitantes eran unos potentados del inagotable capital de la bondad y el amor familiar.

—Aquel día fué de completo regocijo para los tres seres que tanto se querían.

Cerca del oscurecer, se despidió el militar de su madre y hermana diciéndoles: Ahora es necesario tener un poquito de paciencia, porque mañana va-

mos á relevar algunos destacamentos y por tal causa tardaré quince ó veinte días en volver á veros, con que nada de caritas tristes y..... al poco rato salía de la casa el sargento, secándose las lágrimas que en vano había querido contener.

El sargento disfrazó el motivo de su salida al día siguiente diciendo que era á relevar algunos destacamentos, cuando en realidad á lo que iba el regimiento al cual pertenecía él, era á operaciones.

Pero, ¿cómo causar tan gran pena á una madre amantísima y á tan cariñosa hermana?

Hizo bien el sargento.



CAPITULO XXI

Á OPERACIONES

Hacia algunos meses que era tal el movimiento de tropas en Sagua la Grande, que llamaban poco la atención las continuas entradas y salidas de los distintos regimientos que iban ó volvían de operaciones.

En una de estas salidas, formando parte del segundo batallón del regimiento de San Quintín, iba el alegre sargento.

Tanto él como sus compañeros, no desperdiciaban la ocasión de dirigir alguna cuchufleta á quienes encontraban á su paso, ó dedicarles alegres chicoleos á las niñas que veían.

—¡Olé, por las niñas sagüeras!, dijo uno, al ver dos hermosas muchachas.

—Si no fuera á operaciones, pedía permiso para establecer en este sitio mi tienda de campaña, dijo otro, al ver un encantador grupo, que desde un zaguán miraba el desfile.

—Oiga V. salerosa, ¿cuántas feas quedaron el día que V. nació?

—Lo menos mil, contestó otro soldado.

—Y más, replicó el primero, si se juzga por las gracias que á ella le han tocado.

—Hermosa niña, ¿lleva V. la cuenta de los asesinatos que cometen sus ojos?

—Permita Dios se vuelva fraile quien no le diga á V.: ¡Olé por la gracia y el rumbo y el aquel!

—Dios la bendiga á V., señora, si es madre de esos querubines.

La dama que de pie, detrás de una ventana, estaba entre dos hermosísimos niños, contestó: Muchas gracias, señor sargento.

Por fin, las últimas casas de la población casi no se distinguían ya.

Los soldados penetraron en un potrero cuya manigua era por algunos sitios tan espesa, que necesitaban los macheteros abrir paso para que pudiera avanzar la pequeña columna.

Cerca del medio día, rendidos por la fatiga y sofocados por el calor, dieron los jefes las órdenes oportunas para descansar.

Se sabía que por aquellos alrededores hacía ya algún tiempo acampaba una fuerte partida insurrecta.

Precisamente aquella misma tarde, varios oficiales, después de comer en la casa vivienda del Ingenio del señor Us-

tariz, distraían el tiempo, de sobremesa, hablando con don Pedro y Lolita, de los sucesos de la guerra.

Padre é hija estaban en el Ingenio, porque habiendo tenido necesidad de hacer un pequeño viaje, quien desde que ocurrió el incendio, puede decirse asumió todos los cargos de la finca, se vió don Pedro obligado á atender por sí mismo su casi arruinada propiedad, y Lolita no quiso consentir en dejar solo á su amante padre los pocos días que había de tardar en volver el imprescindible empleado.

Difícil es, dijo uno de los oficiales, no caiga en nuestro poder la fuerte partida que merodea por la Chinchilla.

—Quien la manda ha dado pruebas de ser muy listo.

—No lo son menos los coroneles Gutiérrez y Solá, que operan en combinación.

—¿Y es cierto que el campamento insurrecto está en el Guayabo.

—Segurísimo; por eso las fincas Jagüita y Caobo, de Polaina, y el potrero Palmarito, que rodean el Guayabo, estarán al amanecer llenos de soldados.

—Pues yo no he visto pasar por aquí muchas tropas, siendo este el camino natural para ir al Palmarito, dijo Loli-

ta, aparentando una indiferencia, que casi desmentía el ligero temblor de su voz.

—Precisamente ese potrero lo hemos de ocupar nosotros con los quinientos hombres que están en el batey, á las primeras horas del día.

—Siendo así.....

Gran rato duró la conversación de los oficiales, razonando acerca del éxito seguro de las operaciones próximas á realizarse.

Lolita, que hacía grandes esfuerzos para no dejar traslucir su emoción, pretextó un motivo cualquiera para levantarse, y se retiró á su cuarto.

¡Carlos y su partida estaban en el Guayabo! ¡Cómo avisarles del gran peligro que corrían?

Poco antes de comer, Lolita había enviado á *Sultán* con la amorosa carta semanal; Pancho estaba en la población, haciendo varias diligencias que don Pedro le había encomendado, y san Dios á la hora que volvería.

La distancia desde el Ingenio al Guayabo era de cuatro ó cinco leguas, y los soldados no tardarían mucho tiempo en ponerse en marcha.

¡Qué hacer, señor!..... ¡Ah!..... Lolita escribió rápidamente algunas líneas,

y procurando no ser vista de nadie, salió por el fondo de la casa y se dirigió presurosa al bohío de la sabana.

La negra Justa tuvo un grandísimo susto cuando vió á tan desusada hora á su *niñita ángel*.

—¿Está tu marido?

—Sí niñita.

—Llámalo.

—Ruperto, Ruperto.....

—Buenas noches, niña Lolita, dijo el negro presentándose.

—¿Cuánto tiempo crees tú que tardarás en llegar al Guayabo?

—Con mi caballo, muy poco, pero Santiago el carretero me lo pidió prestado y no me lo devolverá hasta que pasen algunos días.

—¡Válgame Dios!.... ¡todo se vuelven contrariedades!.... ¿Y á pié?

—¿Quiere la niña Lolita que vaya caminando?

—No hay más remedio.

—Entonces lo menos que necesitaré, corriendo mucho, serán cuatro horas.

—De manera que como son las siete poco más ó menos.....

—A las once estaré allí, si no me pasa nada.

—Pues toma este papel, y se lo en-

tregas á Carlos que está acampado con su gente en el Guayabo.

Ruperto, sin hacer la más mínima observación, se fué á buen paso, á cumplimentar el encargo de la joven.

Después de hablar un rato con su madre de leche, y tomar una tacita de café que Justa había preparado mientras su *niñita ángel* hablaba con Ruperto, Lolita algo más tranquila volvió al Ingenio. Cerca del batey el ¡Alto! ¿Quién vive? del centinela, produjo un estremecimiento en el delicado cuerpo de la joven. ¿Quién vive?

—La dueña de este Ingenio, dijo Lolita, avanzando resueltamente.

—Dispense V. señorita, como la noche está tan oscura.

Lolita se dirigió enseguida á su habitación, temblando aún del susto que le había producido el inesperado ¿Quién vive?, pero tardó poco en reponerse y salir á la sala donde en esos momentos estaban los oficiales y don Pedro.

Poco más de las diez serían cuando comenzó el movimiento de los soldados preparándose para marchar.

Lolita, con gran tacto é inteligencia, entretuvo á los oficiales cuanto pudo y por último les hizo esperar para que tomaran un café, cuyo grano parecía lo

habían ido á cosechar, tanto fué el tiempo que necesitó quien preparó el apreciado líquido para que un criado lo presentara á quienes lo habían de tomar.

En fin, muy cerca de las doce serían, cuando el último soldado salió del batey.

Una hora después, *Sultán*, muy sofocado, entraba en el cuarto de su ama; ésta, sacó de la cajita una carta, en cuyas últimas líneas, recientemente escritas, se podía leer:

Acaba de llegar Ruperto; nos ha contado tu valentía; saldremos de aquí antes que esté ocupado el Palmarito por los soldados.

Hemos victoreado á *nuestra provincia*.

Te quieren todos, y te adora cada día más.

Carlos.

Pocos días después, don Pedro y su hija volvieron á la población.



CAPITULO XXII

UN EPISODIO HISTÓRICO

Los rayos del ardiente sol, caen perpendiculares sobre una vasta extensión de terreno, conocido con el nombre de sabana grande.

El aire encarecido por la potente fuerza de dilatación del calor, apenas si contiene el suficiente oxígeno, para sustituir con vital elemento, los mefíticos gases que la sangre en su curso circulatorio ha recogido en el organismo, para ser lanzados al exterior en el acto de la espiración.

Silencio sepulcral reina en el espacioso campo, donde hacía poco tiempo el estruendo del combate ensordecía á quienes trataban de obtener la victoria.

En todo cuanto la vista alcanza no se nota el más pequeño movimiento, ni aún siquiera de las hojas que hay en los pocos árboles que matizan la sabana.

Entristece el observar á la brillantísima claridad de los rojizos rayos solares, la naturaleza, al parecer asfixiada, bajo las abrasadoras emanaciones del rey de los astros de nuestro planetario sistema.

Solo hay vida y movimiento silencioso, en las aves de rapiña cada vez más numerosas que acuden al improvisado banquete, volando magestuosamente y sin que al parecer muevan sus extensas alas; las repugnantes rapaces forman círculos que van estrechando á medida que su vista perspicaz y desarrollado olfato, les indican el lugar más á propósito en que deben posarse, para disfrutar del espléndido festín que les ha proporcionado la sangrienta batalla.

Aquí, allá, acullá, por doquier se ven cadáveres que parecen esperar una mano misericordiosa que les dé sepultura. ¡Cuán distintas son las posiciones de aquellos cuerpos que pocos momentos antes, estaban en la plenitud de la vida!

Unos, cual sino hubieran tenido tiempo de enviar con el espirante aliento un postrer recuerdo al ser querido, parecía como que aún dejaban escapar por sus entreabiertos labios las últimas palabras de cariñosa despedida; otros, quizá melancólicamente impresionados al comprender que su muerte había de producir hondos pesares, estaban con la cara hacia tierra, como si en esta hubieran querido depositar el eterno desconsolador adiós; algunos en fin, retrataban aún con exactitud en las enérgi-

cas facciones de sus ensangrentados rostros, la indomable fiereza de que se hallaban poseidos cuando el arma enemiga les arrancó la existencia.

Mas.... parece que álguien se mueve.... se vé como una masa deforme que se arrastra.... por el traje, parece un soldado español.... al aproximarse, las insignias de su boca-manga dan á conocer que es sargento.... no está solo; sobre sus hombros sostiene un cuerpo humano al parecer muerto..... se detiene.... deposita á su lado el semicadáver..... la fatiga parece rendir al pobre soldado..... trata de restañar la sangre que corre lentamente á lo largo de su pecho, con una especie de trapo.... aprieta el nudo de un pañuelo tinto en sangre, que rodea su pierna izquierda; hechas estas operaciones, mira á su lado; tras un rato de fija contemplación, hace un gesto de asombro y pone apresuradamente una mano sobre el pecho del ser que tanto parece preocuparle; un suspiro de satisfacción exhala su boca.... emprende nuevamente la penosa marcha, después de haber colocado sobre sus hombros la pesada carga.... la respiración se le hace difícil.... se van agotando sus fuerzas.... vuelve á detenerse.... ¿abandonará el

casi cadáver que pone en gravísimo peligro su propia existencia?..... ¡jamás!..... ¡¡es un militar español!!..... en su rostro se retrata la decisiva resolución; hace un supremo esfuerzo, y sigue arrastrándose, llevando siempre sobre sus hombros el cuerpo de quien ha decidido no abandonar..... está á punto de desfallecer, pero cree necesario llegar al pie de un árbol que á poca distancia está, y con valor sobrenatural, propio de un titán, consigue su propósito.... dirige una mirada ansiosa hacia todos lados.... ¡Bendito sea Dios!.... un pequeño punto oscuro se destaca en el horizonte.... ¡qué emoción revelan las varoniles facciones del soldado!.... ¡el punto oscuro parece avanzar!.... ¡se aproxima rápidamente!..... ¡¡es un hermoso perro!!.....

¡¡El correo negro!!!
Sultán se abalanzó sobre aquellos dos cuerpos y estuvo gran rato lamiendo las heridas de ambos.

Algún tanto repuesto el soldado, pronto se entendió con el inteligente animal y entre los dos, condujeron aquel cuerpo casi exánime al bohío de la sabana, ante cuya puerta, agotadas por completo las fuerzas del valientísimo sargento,

cayó al lado del cuerpo que no quiso abandonar.

La negra Justa, atraída por *Sultán*, no pudo contener las exclamaciones al ver aquellos dos cuerpos cadavéricos.

Sin perder momento y ayudada de su marido é hijos, los introdujo en la casa y fueron cuidadosamente colocados en dos camas que habían armado en la más amplia habitación.

Mientras Justa trataba de reanimar á los moribundos, con cuantos remedios caseros le sugería su imaginación, el mayor de los hijos de la negra, partió á todo el galope de un caballo en busca de un médico á la población.

Sultán, comprendiendo sin duda de que los heridos estaban en lugar seguro, se dirigió también al pueblo, adelantándose muy pronto al caballo que conducía al hijo de Justa.



CAPITULO XXIII

ASISTENCIA IRREEMPLAZABLE

Desconsolada en extremo estaba Lolita porque su fiel *Sultán* no volvía, apesar de haber transcurrido más tiempo del que generalmente tardaba el diligente perro en sus excursiones semanales.

¿Habrían por fin aprisionado al astuto animal?

No, *Sultán* era ya un veterano en ardidés para dejarse coger. ¿Algún tiro quizá? No, no, la niña tenía casi la seguridad de que nada le había sucedido al valiente perro. Sin embargo la joven no podía ocultar la agitación que le causaba la desusada tardanza de *Sultán*.

Ni la costura, ni el bordado, ni las muchas agradables ocupaciones que tanto gustan á las jóvenes, eran suficientes á distraer la exaltada imaginación de Lolita. Sentada se encontraba al lado de una mesa sobre la que había algunos libros abiertos, los cuales habían sido sin duda abandonados, tras un ligero hojear, porque la enamorada joven no podría darse cuenta de lo que

en ellos hubiera tratado de leer. En la cabecita de la joven, no cesaban de forjarse innumerables escenas á cual más cruentas y en las cuales era siempre su amante la ensangrentada víctima.

La presencia de *Sultán* puso fin á la inquietud de la niña, que inmediatamente abrió la cajita, depositaria de sus amorosas correspondencias, pero, cual no sería la sorpresa de la joven, al observar la misma carta que había colocado en el pequeño depósito ¡tres días antes!

Se fijó en el perro y en la triste mirada de *Sultán* creyó adivinar una desgracia. ¡Carlos ha muerto! exclamó la joven, quedándose como desmayada.

El animal empezó á aullar tristemente y acudió una criada la cual tuvo la fortuna de hacer volver en sí muy pronto á la niña, haciéndole oler un frasquito de sales.

La joven mandó á su sirvienta se retirase, y cuando estuvo sola, raudales de lágrimas salieron de sus ojos.

Mientras Lolita lloraba, *Sultán* mordía y tiraba sin cesar del vestido de su ama; ésta, dándose cuenta al fin de la acción de su perro, comprendió enseguida lo que significaba, y súbitamente, sin reflexionar en lo avanzado de la

hora, ni los peligros á que se exponía, llamó dos ó tres veces á Pancho, y tal como estaba, pensando solo en tener noticias de Carlos, salió detrás del perro, que al observar á su ama en disposición de salir, emprendió á buen paso la marcha hacia el bohío de la sabana.

El negro que al ser llamado había acudido enseguida, se admiró viendo á su ama salir á la calle como una loca, y á tan desusada hora.—Niña Lolita. donde ba uté, niña Lolita. mire la niña que é mu tarde. óigame niña Lolita. pero si la noche tá ocurriéndose. diga donde bamos tan á la carrera. po Dió niña Lolita. y hablando, hablando Pancho iba ligero detrás de su ama que con rápido paso seguía á *Sultán*, sin prestar ninguna atención á las palabras del negro.

La vigilia de aquel día por la pena que la dominaba; la extremada fatiga de tan rápida y larga carrera, y el espectáculo que se ofreció á su vista en el bohío de la sabana, ocasionaron un síncope á la pobre niña.

Justa, la llevó á su cuarto, donde prodigó toda clase de cariñosos cuidados á su *niñita ángel*.

Un médico que al ver á Lolita no pudo ocultar su asombro, estaba entre las

dos camas tratando de reanimar los cuerpos que en ellas estaban tendidos. Los esfuerzos del inteligente Galeno parecían inútiles; casi desesperaba ya de conseguir su objeto, cuando un débil suspiro le indicó que en uno de los enfermos habían surtido efecto los enérgicos reactivos; poco tiempo después el otro enfermo comenzó también á dar señales de vida.

Lolita cuya sobreexcitación nerviosa se sobreponía á la debilidad de su delicado cuerpo, tardó poco en volver en sí y penetró en la habitación en que se encontraban los moribundos.....
¡Doctor!.....

—¡Silencio!.... ni una palabra, vá en ello la vida de dos séres.

—Pero.....

—Nada, salga usted, es indispensable toda mi atención para los heridos.

Lolita volvió donde estaba Justa, y buscando un lenitivo á su profundo pesar hizo que la negra le contase sin olvidar ningún detalle la causa por la cual se encontraban en el bohío aquellos dos semicadáveres,

Justa se apresuró á complacerla diciéndole del mejor modo posible cuanto sabía.

Por fin apareció el Doctor, y com-

prendiendo la ansiosa mirada de Lolita que no se atrevió á pronunciar una palabra, dijo: quizá sea posible salvarlos.

—¡Gracias Dios mio! ¡Bendito sea el Señor!

El médico, después de dar á conocer los cuidados que habían de tenerse con los enfermos, se dispuso á volver á la población, encargándose de avisar á don Pedro, pues Lolita de ningún modo quiso volver á su casa aquella noche.

La enamorada doncella no creía á nadie lo suficientemente solícito para atender á los heridos con el esmero necesario y ni los ruegos de Justa, las palabras de Pancho, ni las razonables consideraciones del Doctor fueron suficientes para hacerla desistir de su propósito.

En el concepto de Lolita, su personal asistencia era irremplazable.

Acompañó Pancho al Doctor, con el objeto de traer algunas medicinas.

Poco más de una hora habría transcurrido desde que se fué el Doctor, cuando se presentó en el bohío don Pedro.

La hija del señor Ustariz, condujo á éste á la habitación en que estaban los heridos; al verlos y fijarse en uno de ellos, el cariñoso padre, no necesitó más explicaciones.

CAPITULO XXIV

DESAPARECE LA INMINENCIA DEL PELIGRO

A la siguiente mañana volvió el médico y después de reconocer á los enfermos, hizo un gesto que Lolita no pudo comprender, por lo cual el para ella inexplicable movimiento, contribuyó á aumentar su aflicción.

La pobre niña, que había pasado la noche asustadísima al observar la alta fiebre que se había desarrollado en los enfermos, no pudo contenerse cuando vió el gesto del médico y le preguntó: ¿Crée V. que no han mejorado? El Doctor solo contestó extendiendo un brazo, como ordenando silencio.

Poco después, salió de la habitación, recetó, hizo las observaciones oportunas, y se dispuso á marchar, sin decir una palabra respecto al estado de los enfermos.

—¡Pero Doctor! exclamó llorando Lolita.

—Nada puedo añadir á lo que anoche dije. Montó el médico en su caballo y se fué.

Lolita no se separaba un momento de la cabecera de los enfermos y cumplía

con matemática exactitud las prescripciones del Doctor.

Imposible parecía que no se agotaran las fuerzas de la delicada criatura.

En el delirio de la fiebre, uno de los heridos, no cesaba de repetir el nombre de Lolita, acompañándolo siempre de las más expresivas calificaciones amorosas.

El otro, constantemente tenía en su boca los nombres de Mercedes, Clarita, mamá, hermanita querida, y una porción de frases de las ordenanzas militares.

Tras la fiebre, les sobrevino una prostración tan grande á los heridos, que cuando llegó el Doctor por la tarde, creyó al oír el llanto de quienes estaban en la casa, que sus enfermos habían dejado de existir. Se apresuró á tomar el pulso á los pacientes y después de observarlos un gran rató, mandó saliesen de la habitación quienes rodeaban los lechos de los heridos, sin atender á las súplicas de Lolita que pretendía quedarse.

No hubo más remedio que obedecer al Doctor.

Cuando quedó solo el Gáleno, descubrió á los enfermos, hizo en ellos un examen minucioso; lavó cuidadosamen-

te las heridas con agua fenicada y volvió á vendarlas con suma atención; les hizo tomar una poción tónica, preparada al efecto por él mismo, y esperó pacientemente el resultado de sus operaciones.

Mas de media hora había transcurrido desde que el Doctor se encerró en el cuarto de los enfermos, y la ansiedad de Lolita era tal que varias veces, sin poder contenerse, se aproximó á la puerta.

Por fin apareció el inteligente médico, y sus risueñas facciones comunicaron antes que las palabras el buen éxito de los trabajos. Ha desaparecido la inminencia del peligro, dijo; ahora, solo depende la curación, de la buena asistencia.

—No les faltará, respondió alegremente Lolita.

—Euhorabuena, entonces, casi puedo asegurar que aún darán mucho que hacer en este mundo, quienes tan cerca han estado de ser conducidos á un sepulcro. Se puede considerar como una verdadera resurrección la verificada en los dos. Si ayer se hubiera retardado algunas horas más la asistencia facultativa, habría en ese cuarto dos cadáveres.

—Lo que no comprendo, dijo Lolita,

es, cómo pudieron llegar hasta esta casa, Justa me ha dicho que los dos estaban delante de la puerta, como muertos.

—Respecto á Carlos (el Doctor era muy amigo del joven) comprendí perfectamente su estado, al ver las heridas que tenía; calculo que llevaba tres ó cuatro horas sin conocimiento; pero en el sargento es inexplicable su gran postración.

—¿No están ambos igualmente heridos?

—Hay gran diferencia. Carlos está materialmente acribillado, pero ha sido tanta su fortuna, que solo las cicatrices quedarán, pues en tal cúmulo de heridas, ninguna ha lesionado gravemente órganos de importancia; como ha perdido mucha sangre, es probable que su curación sea muy lenta; pero el sargento solo tiene dos heridas y no muy peligrosas, por más que la de la pierna le proporcionará bastantes malos ratos.

Siguieron hablando de los enfermos mientras Justa preparaba un buen café; tomado éste, el Doctor, renovando las explicaciones necesarias al cuidado de los enfermos y que Lolita se hizo repetir para evitar en lo posible un descuido, se despidió hasta la mañana siguiente.

Durante los cuatro ó cinco días sucesivos, algunas palabras de Carlos y otras del sargento, permitieron al Doctor, reconstruir casi exactamente el heroico hecho del soldado.

Cuando le relató á Lolita sus conjeturas, el agradecimiento de la niña, no tuvo límites, para el valiente militar.

Como en el bohío de la sabana, se hacían difíciles las comodidades necesarias á los enfermos, apesar de las reflexiones del Médico, haciendo presente las escepcionales circunstancias políticas, la valiente niña, haciendo cumplir hasta en sus menores detalles cuanto recomendó el Doctor, se propuso hacer trasladar á los heridos á la población, donde no faltaría nada para la buena asistencia de los enfermos.



CAPITULO XXV

PRECAUCIONES

Una ó dos horas faltarían para el amanecer, cuando escoltadas por don Pedro y Pancho, y guiadas por Santiago, atravesaban dos carretas el paso del río con el despacioso movimiento que les imprimían los lentos pasos de los hermosos bueyes, en los timones enyugados.

Un cuarto de hora después de pasado el río, se detenían todos delante de la morada de don Pedro.

Varios sirvientes, dirigidos por Lolita, sacaron con sumo cuidado una especie de cama, de cada una de las carretas y las llevaron al interior de la casa.

Las cinco de la mañana sonaban en el reloj de la iglesia, cuando el médico penetraba en las amplias y ventiladas habitaciones donde Carlos y el sargento habían sido instalados.

El Doctor, satisfecho del estado de ambos enfermos, sin turbar para nada el reposo que disfrutaban, salió de los cuartos, y pasó al comedor donde le esperaban el señor Ustariz y Lolita.

Mientras se desayunaron, dijo el Doc-

tor: En el bohío de la sabana puede decirse que ustedes solo podían temer un riesgo relativo, pero no se les ocultará, pues ya les indiqué algo cuando pensaron ustedes en trasladar á los enfermos, que la estancia en esta casa, sobre todo de Carlos, puede ocasionarles serios disgustos, dada la delicada situación porque atraviesa el país.

—Mi buen Doctor, replicó Lolita, mucho pesan en nuestra consideración sus atinadas observaciones, pero mi cariño á Carlos, que además no tiene hoy su familia en la población; y mi profundo agradecimiento al valiente militar, que con tan grave riesgo de su vida, salvó al moribundo, tan querido de mi alma, son los poderosos motivos que me obligan á tener cerca de mí á los enfermos hasta su completa curación, contando por supuesto con el beneplácito de mi buen papá.

—¿Por qué no decir, mis caritativos sentimientos me impiden abandonar un solo instante á los desvalidos, cualquiera que sea el riesgo que en ello haya? ¿A qué disfrazar la nobleza de su alma?

—Quién sabe Doctor, si en este caso, obra en mí un poquito el egoísmo.

—La que como V. ha conquistado el poético nombre con el cual la bendicen

tantos que fueron desgraciados antes de conocerla, no puede ejecutar ninguna acción impulsada aunque sea en leve parte, por tan antipático defecto.

—Es V. demasiado amable, y forma de mí un concepto que quizá no merezca, sobre todo por mi acción respecto á los dos enfermos. ¿Crée V. que sin el amor y la gratitud.....

—A falta de tan hermosos sentimientos, le haría obrar á V. de la misma manera su inagotable caridad.

—¡Oh Doctor! me va V. á enorgullecer demasiado.

Don Pedro, á quien habían dejado pensativo las primeras palabras del Doctor, dijo: Creo no estaría de más, tomar algunas precauciones para evitar en lo posible molestias enojosas.

—En mi concepto; replicó el Doctor, debe procurarse no se sospeche de la existencia en esta casa de los dos enfermos.

—¿Y sus diarias visitas?

—Pueden ser para cualquiera de los criados.

—Entonces, dijo Lolita, procurando que Pancho desfigure un poco la verdad, se hace que él esparza esa noticia entre los servidores de la vecindad y los de algunas familias amigas.

—Ha tenido V. una magnífica idea. Me parece el modo más sencillo para evitar la curiosidad de quienes pudieran visitarles.

—Hoy, dijo con cierta ironía don Pedro, son muy contados quienes nos visitan; después de la catástrofe vivimos con tal modestia, que nuestras relaciones han aminorado extraordinariamente. El único asíduo es don Jerónimo, pero él, no nació para ser curioso.

—Además, como yo cuidaré personalmente á los enfermos, no habrá temor de una indiscreción por parte de los criados.

—Perfectamente, replicó el Doctor, levantándose. Aunque algo temprano todavía, voy á hacer mis visitas de la mañana.

—Una pregunta, antes de irme: ¿No han sabido ustedes nada del padre de Carlos?

—Aun no hay tiempo para recibir contestación á la carta que le dirigí á Nueva York.

—No creo se hará esperar mucho tiempo su presencia. Es mucho el amor de don Agustín para su hijo y la verdad es que Carlos se hace acreedor por sus buenas cualidades al aprecio de todos. Ea, hasta la tarde.

—Adios, querido Doctor, dijo Lolita muy cariñosamente, halagada en su amor por las últimas palabras del inteligente médico.



CAPITULO XXVI

DE BIEN, Á MEJOR

—¿Cómo vá ese valor señor sargento?

—Con los cuidados que V. me prodiga ¿cómo ha de ir? De bien á mejor.

—Cualquiera que le oyese creería á V. capaz de.....

—Hasta de bailar..... ¡córcholis!, se empeña esta pierna en que no me olvide de ella.

—Ya se ha lastimado V., por ser revoltoso.

—Ha sido solo un avisito.... ¿Y don Carlos?

—También parece que sigue muy bien.

—No hay gravedad capaz de resistir tan excepcional enfermera.

—Ni sargento más hablador que V.

—Pero sin permiso para....

—Hoy está V. ya autorizado por el Doctor, para hablar poco, muy poco.

—Solo quiero decir á V. cuatro palabras que se me están saliendo de la boca hace yo no se cuántos meses.

—Ea pues ya lo oigo, dijo Lolita, sonriéndose de la exageración del sargento.

—¡Vivan las enfermeras bondadosas! y que tienen.....

—Cuidado, mucho cuidado con la pierna.

—No ve V. que todo es lengua y corazón, el cuerpo lo tengo mas quietecito que un San José en su altar.

—Bien, pues no moviéndose mucho, puede V. seguir hablando.

—Señorita; tengo yo una madre á la que no le falta nada para ser santa; y una hermanita, casi casi tan hermosa como V.

—Pero seguramente no será tan aduadora como su hermano el militar.

—Las dos, se miran en los ojos de este sargento, como en un niño Jesús. Como algunas, aunque pocas familias de soldados, embarcaron en Cádiz, en el mismo vapor en que yo vine; han sufrido sin fin de molestias, algunas enfermedades y casi la miseria, por no separarse de mí; seguro no les falta ya ni el canto de un duro para morir de pena, por el tiempo que hace están sin noticias mías; si V. les mandara un recadito, vendrían volando y habían de caer sobre su cuerpecito de V. mas bendiciones, que las que echa un obispo en veinte años.

—Cuando tan fácil parece el avisarlas, deben vivir en esta población.

—La cuarta casita á la derecha, pasado el puente de Cocosolo.

—Pues siendo obediente y quedándose tranquilo, las verá V. pronto.

—Yo soy la carne y V. el cuchillo; corte por donde quiera.

—Es preciso trate de dormir un poco, para reponerse de la fatiga que le ha causado esta conversación demasiado larga para V.

—Ya estoy durmiendo, y si V. no me dá su permiso no me despierto hasta el mes que viene.

Lolita salió de la habitación; sonriéndose.

Pocos momentos después, Pancho, bien aleccionado por su ama, se dirigía á Cocosolo.

Cuando pasó el puente, empezó á contar mirando las casas de la derecha. Una.... do.... tre..... cuatro..... Aquí debe de sé.

Llamó en la puerta de la casa que él supuso era la que buscaba y al momento apareció Clarita.

—¿Qué se le ofrece á V.?

—A mi no me sofresa ná; pero si uté son la mamá y la hemanita de un señó sagento que tá en casa de mi ama la ni-

ña Lolita, yo mimo tiengue que desile una cosa á utedesss.

—Pase, pase V..... siéntese un momentito.....

—Grasia niña; yo toy mu bien, parao.

—¡Mamá!, ¡mamá!

—¿Qué ocurre?

—Aquí hay un negro, que trae noticias de Enrique.

Salió doña Mercedes muy apresurada diciendo: ¿Le manda á V. Enrique? ¿trae V. alguna carta de él?

—¡Cáta!.... no señó, toítica la cata se pieden. Lo que yo tiengue que desí é que la niña Lolita desea bé y jablá á la mamá y la hemanita del señó sagento.

—¿Le ha sucedido algo á mi hijo?

—Ná la pasao á mi hijo, naitica; e la niña Lolita que quiere conose á utedess.

—¿Dónde vive esa señorita?

—¡¡Uté no sabe donde bibe la niña la niña Lolita!! Toito e mundo lo sabe.

—Por mas que si está V. dispuesto á indicarnos el camino.

—Sí, sí señó, yo mimito iré alante.

—Tenga pues la bondad de esperar un poco.

—Sí señó.

Pancho, mientras estuvo esperando, no cesó de pasear de un lado hacia otro, orgulloso por lo bien que creía haber

desempeñado su delicada comisión. En honor de la verdad, no todos lo hubieran hecho mejor.

—Ya estamos listas; cuando V. quiera podemos.

—Andando.

Pancho iba muy ufano delante; la madre y la hija, seguían los pasos del negro, sin apenas separarse de él.

Pronto estuvieron en la casa de don Pedro.

Enteradas por Lolita, con toda la discreción debida, del estado en que se encontraba Enrique, penetraron en la habitación donde estaba el herido.

Cuando salieron del cuarto, madre é hija bendecían á Lolita, no sabiendo cómo expresarle su agradecimiento, pues el sargento no se había mordido la lengua para poner por las nubes la bondad de la excepcional enfermera, de la justamente llamada, el ángel de caridad.

Decidida Lolita á seguir cuidando los enfermos, y no siendo posible que doña Mercedes y Clarita, dejasen de atender solícitamente al sargento, convinieron en que la madre y hermana de Enrique, se instalaran en la casa de don Pedro, muy capaz para contener cómodamente muchas más personas.

Pronto se captó doña Mercedes el cariño de todos; en cuanto á Clarita, simpatizó de tal modo con la hija del señor Ustariz, que á los dos ó tres días, se querían ya cual si fuesen hermanas.

Los enfermos continuaron según frase del sargento, de bien á mejor.



CAPITULO XXVII

LA PETICIÓN DE DON JERÓNIMO

Desde que don Pedro, después del incendio de su Ingenio, se avino, accediendo á las razones de Lolita, á vivir en la población, salía muy poco de casa y pasaba horas enteras en su despacho, tratando de combinar algún negocio que por lo menos retardase su ruina, que consideraba muy próxima. Él hubiera aceptado el capital que don Jerónimo ponía frecuentemente á su disposición, pero además de que le era ya deudor de una crecidísima cantidad, ciertas insinuaciones del banquero, aunque muy veladas, le hicieron sospechar, no era todo filantropía en los ofrecimientos de quien hasta entonces había considerado como su mejor amigo.

Por Sagua se decía, que Carlos había muerto en el combate de sabana grande.

Don Jerónimo, á quien los horribles recuerdos abrumaban más y más cada día, creyó era presentada la oportunidad de pedir la mano de Lolita, pues compartiendo la creencia general, no dudaba de la muerte de Carlos, único obstáculo según su entender, que hubiera

podido impedir á Lolita el acceder á la unión por él tan deseada.

Respecto á don Pedro, la amistad por una parte y ser su acreedor en más de veinte y cinco mil pesos por otra, le ponían de tal modo á su disposición, que no era posible vacilara el señor Ustariz, entre aceptarlo por yerno, ó exponerse á una ruina segura y á ver su nombre deshonrado por no poder hacerle honor á su firma.

Ilusionado por las más halagüeñas esperanzas, se dirigió el banquero á la casa de su amigo.

La madre de Enrique, que iba á salir en el preciso momento en que don Jerónimo pasaba los umbrales de la puerta, quedó como petrificada al verle.

El banquero, cuya gran confianza en la casa, le permitía entrar en ella como en la suya propia, sin reparar siquiera en la señora, penetró hasta el despacho de don Pedro á quien encontró muy engolfado en sus interminables operaciones aritméticas.

—Amigo mio, se vá V. á matar, haciendo números.

—No hay mas remedio, es necesario cavilar y calcular.

El banquero empezó una conversación acerca de algunos acontecimientos

de poca importancia, recurso muy socorrido para poder mientras se habla casi maquinalmente, pensar en el modo mas á propósito de entrar de lleno á tratar del verdadero objeto que uno se propone. Esto precisamente hacía don Jerónimo.

Doña Mercedes, repuesta de su estupor desistió de salir y se internó en las habitaciones; al ver á Lolita, le dijo: Querida niña, he visto hace un momento entrar en el escritorio de su papá, á un caballero que creo haber conocido en otro tiempo y me interesa mucho saber su nombre. ¿Quiére V. ser tan amable de indicármelo, si lo conoce?

—Ahora mismo voy á tratar de saber quien es.

Lolita se dirigió al despacho de su papá.

En el momento de ir á levantar el pestillo de la mampara que comunicaba el despacho, con la habitación en que ella penetró, oyó decir á su padre con voz alterada:

—Imposible, de todo punto imposible.

La hermosa niña quedó con la mano en el picaporte y se enteró del siguiente diálogo:

—No comprendo por qué se niega V.

á aceptar el único medio de salvarse de una ruina cierta.

—Me lo impiden, la felicidad de mi hija y mi honor.

—¡Su honor!..... Demasiado comprenderá V. cuán maltrecho quedaría su honor, si yo, haciendo uso de algunos documentos, le pusiera en el disparadero de tirarse un tiro, por la imposibilidad de hacer honor á su firma.

—Pero V.....

—Yo necesito llegar al fin propuesto.

Me son indispensables, decía como hablando consigo mismo don Jerónimo, necesito los consuelos de Lolita..... ¡Su sola presencia es mi único lenitivo!... ¡Cuán desgraciado soy!.....

Levantando la voz y dirigiéndose á don Pedro, continuó: Estoy dispuesto á todo por obtener la mano de su hija.

—De modo que su resolución definitiva es.....

—Causar la ruina de V., su deshonor; hasta llegaría al crimen material, (dijo don Jerónimo, con las facciones ya desencajadas) si preciso fuera, por hacer de Lolita mi mujer.

—¿Es su última palabra?

—O su hija, ó la deshonra y la ruina.

Un grito agudo, seguido del ruido que produce el choque de un cuerpo que ha

caído sobre el pavimento, hizo estremecer á los interlocutores.

Don Pedro, se dirigió inmediatamente á la habitación contigua y al ver á su hija tendida en el suelo acudió en su auxilio, y llamó á doña Mercedes que vino presurosa.

Don Jerónimo contrariadísimo y con el rostro descompuesto, salió del despacho en dirección á su casa, y encerrándose en ella, dió orden de no ser molestado por nadie absolutamente.



CAPITULO XXVIII

NOBLES CORAZONES

Los cariñosos cuidados de que fué objeto, hicieron que pronto volviera en sí la desgraciada niña.

Al dirigir sus miradas á su alrededor, como para darse cuenta del lugar en que se encontraba, vió á su padre.

—¡Papá de mi alma! ¿Es cierto que tu honor, tu ruina, dependen de la voluntad de don Jerónimo?

—Así es, contestó el afligido padre, con desfallecida voz.

—Y él, ¿exige mi mano en cambio de su benevolencia?

Don Pedro no contestó, se había quedado ensimismado en tristísimas reflexiones.

—¡Qué desgracia, Dios mío! exclamó la pobre niña, y ocultó su rostro anegado por el llanto, entre sus manos.

Doña Mercedes, empleando ese inimitable lenguaje que solo las madres poseen, tranquilizó á la joven, y aun consiguió que le diera algunas noticias respecto del banquero.

—¿Y dices que se llama don Jerónimo?

—Si señora.

caído sobre el pavimento, hizo estremecer á los interlocutores.

Don Pedro, se dirigió inmediatamente á la habitación contigua y al ver á su hija tendida en el suelo acudió en su auxilio, y llamó á doña Mercedes que vino presurosa.

Don Jerónimo contrariadísimo y con el rostro descompuesto, salió del despacho en dirección á su casa, y encerrándose en ella, dió orden de no ser molestado por nadie absolutamente.



CAPITULO XXVIII

NOBLES CORAZONES

Los cariñosos cuidados de que fué objeto, hicieron que pronto volviera en sí la desgraciada niña.

Al dirigir sus miradas á su alrededor, como para darse cuenta del lugar en que se encontraba, vió á su padre.

—¡Papá de mi alma! ¿Es cierto que tu honor, tu ruina, dependen de la voluntad de don Jerónimo?

—Así es, contestó el afligido padre, con desfallecida voz.

—Y él, ¿exige mi mano en cambio de su benevolencia?

Don Pedro no contestó, se había quedado ensimismado en tristísimas reflexiones.

—¡Qué desgracia, Dios mío! exclamó la pobre niña, y ocultó su rostro anegado por el llanto, entre sus manos.

Doña Mercedes, empleando ese inimitable lenguaje que solo las madres poseen, tranquilizó á la joven, y aun consiguió que le diera algunas noticias respecto del banquero.

—¿Y dices que se llama don Jerónimo?

—Si señora.

—Es raro, murmuró la dama. ¿Dónde vive?

—Lolita le indicó las señas de la casa de don Jerónimo.

—No sé por qué, se me figura querida niña que tus bondades y sobre todo tu inagotable caridad, que te ha hecho acreedora á las bendiciones de tantas almas buenas, tendrán la merecida recompensa.

No olvides hija mía que la Providencia vela constantemente sobre nosotros, y no puede permitir se ponga en duda, su gran justicia é infinita misericordia.

—¡Oh! qué consoladoras palabras! ¿Qué bien saben hablar las madres! . . . Yo perdí la mía, cuando aun no podía darme cuenta de tan inmensa pérdida.

—¿Quiéres concederme, el tratar de hacer sus veces de hoy en adelante?

—¡Oh, sí! ¡con toda mi alma!

—Entonces, ejerciendo tan hermosa autoridad, te mando enjugues esas lágrimas, y no pierdas la confianza en la madre que por tí vela desde el cielo, y en la que desde ahora procurará consolarte en la tierra.

—¡Cuán dulce tranquilidad parece penetrar en mi corazón!

—¿Se puede pasar? preguntaron dos personas al mismo tiempo.

—¡Mi hijo!

—¡Carlos!

—Adelante, adelante, dijo Lolita.

Clarita, acompañando á Carlos, bastante pálido todavía; y sosteniendo á Enrique cuya pierna según él decía, no quería entrar en activo servicio, entraron en la habitación.

Enrique, cuyo buen humor puede decirse renacía con la salud, dijo: Señorita: quienes tenemos el grandísimo honor de estar en su presencia, enterados de que la niña más hermosa y buena de Sagua la Grande se encuentra, á consecuencias de un desmayo que ha tenido la poca gracia de asustarnos soberanamente, obligada á permanecer en el lecho del dolor. . . . ¿he dicho algo?

—Pero hijo mio, será posible. . . .

—Por Dios, doña Mercedes, no le interrumpa V.

—Afortunadamente mi señora mamá, tiene siempre completos los botones, por lo cual no necesita molestarse en recoger el que le acaban de regalar con tanta oportunidad.

No hubo más remedio que reír.

Puesto que el auditorio está bien dispuesto, continuó: en el lecho del dolor! . . . nos apresuramos á ponernos á sus órdenes—conste que no es á las ór-

penes del lecho—para ejecutar cuanto sea necesario, al pronto restablecimiento de la más bonita y excepcional enfermera que existe. He dicho.

—Esta enfermera tan mimada, está pensando en el castigo que ha de imponer á quienes contravinando órdenes facultativas, se atreven á ejecutar actos muy superiores á sus fuerzas. He dicho.

—Don Carlos, ese rapapolvos vá por V., porque yo.....

—Que se aproxime solo el señor sargento.

—Señorita, no es permitido tirar con balas explosivas.

Volvieron las risas á retozar en los labios y hasta el mismo don Pedro sintió que cierto bienestar iba invadiendo su ser.

Quienes poseen nobleza de sentimientos, tienen el don de consolar á los demás, sin darse cuenta de ello, con solo realizar los actos que ponen de relieve la nobleza de sus corazones.

Al sentarse los convalecientes y Clarita, lo hicieron, formando corro frente á la cama de Lolita, y en agradable conversación pasaron gran parte de aquel día.

CAPITULO XXIX

SUFRIENTOS

¡Pobre Lolita! ¡Cuán digna era de compasión!

Frecuentemente, á solas en su cuarto, se hacía la desgraciada joven las más desconsoladoras reflexiones.

Yo debo, murmuraba la triste niña, yo debo evitar la deshonra y la ruina de un padre tan bueno; de un padre á quien desde mi más tierna infancia he visto siempre dispuesto á evitarme el más pequeño disgusto; de un padre cuyo solo afán ha consistido en procurar por todos conceptos mi felicidad.

¡Terrible dilema para mí!.... ¡Adios, ilusiones queridas!

¡Oh, Carlos adorado!.... ¡Tendré suficiente valor para consumir el sacrificio?.... ¿No moriré antes de realizarlo?.... ¡Oh, nó!.... Debo ser fuerte y lo seré; es preciso cumplir el deber sagrado de toda hija; honrar á los padres es la más grande de las obligaciones y yo, puesto que depende de mí, no consentiré que las canas de mi padre queden oscurecidas por el deshonor.

Apesar de su heroica resolución, el

sufrimiento iba dejando visibles huellas en el hechicero rostro de la niña.

Carlos, ya muy adelantado en su convalecencia, cuando se encontraba á solas con su adorada, no encontraba palabras lo suficientemente expresivas para demostrarle á Lolita, de qué manera el amor se había apoderado tan completamente de su ser. Muchas veces se quedaba mirándola de tal modo, que el alma parecía salirse por los ojos.

Pronto observó el enamorado joven, la melancolía de su amada, por lo cual trató de investigar la causa de la tristeza que abrumaba al ídolo de sus amores, empleando las dulces frases que le sugería su extraordinario cariño.

Lolita sufría y gozaba á la vez oyendo las para ella hermosísimas palabras de su amante, y le era preciso hacer esfuerzos poderosos para ocultar á su bien amado, la causa del dolor moral, que con tanta resignación sufría la encantadora niña; de lo cual resultaba que era un verdadero martirio para aquellos apasionados seres, cada una de sus entrevistas.

Al separarse los dos amantes, Carlos quedaba tan desconsolado, que bastaron pocos días para que estos sufrimientos morales, hiciesen retrasar de

un modo alarmante su convalecencia.

En cuanto á Lolita, necesitaba ir á desahogar sus lágrimas en el cariñoso regazo de doña Mercedes.

La bondadosa señora, siempre tenía frases consoladoras para atenuar la pena de la aflijida niña; pero al volver ésta á sus habitaciones, continuaba destruyendo su existencia el incesante pensamiento del sacrificio que estaba dispuesta á realizar.

—Esto no puede continuar así, se decía frecuentemente doña Mercedes, pero ella también tenía su martirio, pensando en el incierto resultado de los proyectos que deseaba llevar á cabo para averiguar si don Jerónimo y el esposo que tan feliz la hizo en otro tiempo, antes del tremendo error sufrido en memorable noche, eran una misma persona.

Cuantas historias y novelas había leído de personajes célebres por la semejanza de sus rostros, acudían á su imaginación, y la cobardía se apoderaba de su espíritu al considerar que le hubiese podido engañar un raro parecido entre su desaparecido esposo y don Jerónimo.

Además, reflexionaba la atribulada señora, que era muy difícil fuese capitalista, quien tuvo necesidad de ser sim-

ple escribiente en el ministerio de Fomento.

Ella recordaba, que el padre de su esposo había sido un rico hacendado de las Villas, pero aún así, no podía doña Mercedes calcular como había podido, quien fué mísero empleado, hacerse en un tiempo relativamente corto, opulentísimo banquero.

Todas estas consideraciones y otras muchas, de tal modo atormentaban á la pobre señora, que le sobraba fundamento para no ser ella quien menos sufría entre los moradores de la casa de don Pedro.

Un día, affigieron tanto á Lolita, las sentidísimas reconvenciones de su amante, al no conseguir que ella le revelara su secreta pena, que no fueron suficientes las halagadoras promesas de doña Mercedes para consolar á la desgraciada niña. Decidióse entonces la noble señora á tratar de poner fin á tan penosísima situación, y con acento resuelto, dijo á la joven: Reúnete con mis hijos; Enrique, con su alegría quizá consiga distraerte un rato; yo, voy á buscar si es posible, tu felicidad y mi ventura.

CAPITULO XXX

EN BUSCA DE LA DICHA

Una dama enlutada, con el rostro cubierto por espeso velo, se detuvo delante de la casa de don Jerónimo y llamó en la puerta.

Al criado que salió á abrir, le preguntó: ¿Puedo hablar con el señor banquero?

—Pase V. señora, pase V. El criado la guió hasta la sala, donde indicando un sillón, suplicó á la señora esperase un momento mientras pasaba él aviso á su amo.

Se presentó don Jerónimo, y después de dirigir á la dama un correcto saludo, ¿Qué se le ofrece á V., señora? preguntó con la mayor cortesía.

Doña Mercedes con la voz alterada dijo: Caballero, temería molestar á V. inútilmente, pero mi ansiedad es tal, desde que me informaron, podría V. enterarme acerca de una persona que representa para mí cuanto de mas preciado existe en el mundo, que no he vacilado en dar este paso, quizá demasado atrevido.....

—De ningún modo señora, me com-

placería mucho poder satisfacer sus deseos; tenga V. la seguridad de que si de mí depende.....

Un estremecimiento de doña Mercedes, dió á conocer que la voz de don Jerónimo le había afectado casi tanto como su presencia el primer día que lo vió!

—¿Se siente V. indispuesta?

—No señor, un ligero malestar nervioso.

—Si no fuera por mi parte indiscreción, le suplicaría se quitase el velo, pues quizá la falta de aire.....

—Yo desearía señor, que me indicara V. si le es posible, el sitio en que podría encontrar al señor don Arturo Ledesma. Al decir esto, doña Mercedes levantándose el velo, dejó al descubierto su interesante rostro.

El banquero se quedó estupefacto al verla.... se pasó varias veces la mano por la cabeza, cual si quisiera desechar algo de su imaginación.... fijó en doña Mercedes intensísima mirada..... ¡Tú! ¡tú aquí!.... ¡Mercedes! ¡mi mujer!.... ¡mi esposa querida!.... ¿yo no soy un asesino?.... ¿mi puñal no te mató?.... ¡pero tú, tú! ¿eres Mercedes?..... ¿no es ilusión mía?..... ¿en este momento, no deliro?..... ¿eres realmente mi

esposa, ó eres un fantasma?.....

De repente se abalanzó sobre ella y rasgándole en su febril exaltación el traje, descubrió el blanco pecho de doña Mercedes, sobre el cual se destacaba rojiza cicatriz..... entonces, como un loco, riendo y llorando al mismo tiempo comenzó á besar frenéticamente aquella imperecedera huella del puñal que él sepultó en tan hermoso seno.

Doña Mercedes, á quien la gran emoción que sintió estuvo á punto de causarle un síncope, correspondía tiernamente, llorando de alegría, las vehementes caricias de su esposo.

Don Jerónimo la volvió á mirar fijamente.... ¿Y mis hijos? ¿dónde están Enrique y Clarita?

—En casa de don Pedro.

—¿Don Pedro Ustariz.

—Sí.

El banquero sin siquiera ponerse un sombrero, salió rápidamente de su casa y penetró en la de su amigo, donde corriendo por todas las habitaciones gritaba: ¡Enrique! ¡Clarita! ¿dónde estais hijos míos? ¡Clarita! ¡Enrique! ¡Enrique!.... y entró como una bomba en el cuarto en que se hallaban todos reunidos.

Clarita casi instintivamente se arrojó en los brazos de su padre.

Doña Mercedes, que había seguido á su esposo, explicó la causa de la extraordinaria situación en que se encontraban todos, y muy emocionada al ver en brazos del padre á los hijos queridos, exclamó dirigiendo al cielo los brazos: ¡Gracias Señor Todopoderoso! por la inmensa dicha que me haces disfrutar.

Lolita, arrojándose en los brazos de doña Mercedes: Te venero como á mi madre, decía la encantadora niña, solo una madre hubiera sido capaz de devolverme la perdida felicidad.

Don Jerónimo, ó mejor dicho, don Arturo, puesto que sabemos el verdadero nombre del banquero, no se causaba de contemplar á sus hijos y prodigarles los mas cariñosos nombres. De su verdadero arrobamiento le distrajo la voz de Pancho, que nunca estuvo más oportuno que aquel día al decir, presentándose en el umbral de la puerta: La comía tá en la mesa.

¡Qué placer para don Arturo, conducir á sus hijos, sobre todo á Enrique que no podía valerse por sí mismo, hasta hacerles sentar delante de la mesa!

—Pues señor, exclamó el sargento, tratando de aparecer más sereno de lo

que le permitía su emoción: las acciones papá han subido repentinamente mas de cien puntos. . . . Usted señora mamá, habrá de conformarse sean sus caricias cotizadas por ahora, punto menos que bajo cero.

—Aquí hay quien las paga con la prima que se merecen las madres cariñosas, replicó Lolita.

—Entonces, la familia Ledesma se ha colocado de golpe y porrazo á incommensurable altura, puesto que al reunirse después de tristes años de separación, ha sabido hacer ingresar en ella un archi-superior corazoncito, imposible de cotizar en plaza por su excepcional valor.

—No tanto que pueda igualar el valor de cierto señor sargento.

—Alto ahí. . . . No hay comparación posible entre los ángeles y los seres pedestres.

Durante la comida no decayó un solo instante la animación y el contento.

Como si aquel día fuese el señalado para la dicha, al estar los comensales saboreando los postres, se presentó el padre de Carlos.

Una última conmovedora escena completó la alegría de cuantos se habían

reunido en la que ya podía considerarse como mansión de la felicidad.

Poco tiempo bastó para que la salud completa sentase sus reales entre los felices moradores de la casa de don Pedro, por lo cual, cumplido satisfactoriamente el caritativo deseo de Lolita, regresaron los enfermos á sus respectivos domicilios, no sin reconocer que debían la vida á la hermosa niña, pues el Doctor repetía continuamente, que sin la esmerada asistencia de la excepcional enfermera quizá hubieran resultado infructuosos los medicamentos por él indicados.

Carlos, felicísimo ya al ver la dicha pintada en el rostro de su amada.

Enrique, prometiéndose llegar á ministro de la guerra con el único objeto de proponer la acuñación de una medalla en la cual había de estamparse en el anverso y reverso la vera efigie de Lolita, y destinar la tal medalla, á premiar los actos caritativos.

Algunas lágrimas derramaron doña Mercedes y Clarita, que se confundieron con las de la hija de don Pedro, cuando tan bondadosos seres se separaron.

CAPITULO XXXI

EN FAMILIA

El gran edificio en que vivía don Arturo, había sido metamorfoseado por completo.

La gallera desapareció, para hacer mas extenso el jardín; y en vez del frente de la casa habitada antes por los galleros, (de don Jerónimo) pudieron ver los vecinos de aquella calle una hermosa y artística verja de hierro.

Don Severo y Antonio, espléndidamente gratificados, dejaron el servicio del banquero.

Cuantas comodidades podían contribuir al bienestar material de doña Mercedes y sus hijos habían sido instaladas en la extensa morada.

No era ya don Arturo el melancólico y taciturno capitalista, era el felicísimo jefe de un hogar en el cual había sentado su envidiable planta, la dicha.

Casi todas las tardes se sentaban en la espaciosa galería, don Arturo y su esposa, para gozar de la brisa deliciosa que á través de las florecientes enredaderas, refrescaba el perfumado ambiente que allí se respiraba.

Las cotidianas conversaciones de los esposos, eran cada día, como el detallado complemento de cuanto en la tarde anterior se habían comunicado, y el principio de lo mucho más que se tenían que decir.

En tan deliciosas tardes, supo don Arturo, la oportuna intervención (aquella fatal noche) de los vecinos, quienes durante más de dos meses atendieron con gran solicitud á doña Mercedes salvándola de una muerte casi cierta; la desesperación de su esposa al comprender la terrible alucinación de que él fué víctima; el gran secreto que á todos exigió la desconsolada esposa para evitar que la justicia tomase parte en investigaciones dolorosas; el horror de doña Mercedes en continuar viviendo una casa que hasta entonces había encerrado entre sus paredes la felicidad de una cariñosa familia; la decisión que tomó de ir á llorar su gran desventura en una pequeña aldea, después de la inutilidad de sus pesquisas tratando de saber el paradero de su esposo; los grandes sacrificios que le costó librar la subsistencia de ella y de sus hijos; las plácidas horas que le proporcionaba la delicada tarea por sí misma realizada, de educar é instruir á sus queridos Enrique y Clarita;

los sufrimientos que pasaron cuando Enrique entró en quintas, y la determinación de no dejarle venir solo cuando fué destinado á servir en la Isla de Cuba. Al llegar á este punto de su narración doña Mercedes dijo conmovida: No sé por qué, pero es lo cierto que algo inexplicable me hacía presentir había de encontrarte; me parecía monstruoso, que la Providencia consintiera tu muerte después de una vida abrumada por la terrible creencia de haber cometido el horroroso crimen que sin duda alguna por Divino designio, no llegó á consumarse. Ya ves como mis presentimientos se han realizado por completo. La bondad Divina es tan grande, que me permite gozar de la dicha en su mayor grado; bendita mil veces sea la voluntad del Señor.

Don Arturo á su vez, le explicó á su esposa, la especie de locura en que estuvo sumido durante varios meses; la inutilidad de sus indagaciones leyendo la prensa periódica atrasada y la visita que hizo á su antigua morada, para averiguar algo de la horrorosa escena de la que él fué brutal protagonista; su resolución de volver al hogar paterno; la muerte de quienes le habían dado el sér á los cuales había podido endulzar sus

últimos momentos con las más expresivas demostraciones de cariño filial; su desesperación al verse solo, completamente solo y abrumado por los remordimientos; el horror que le causaba, hasta el oír pronunciar su nombre, por lo cual toma la determinación de cambiarlo con el objeto de tratar de borrar todo recuerdo de lo pasado; su ingreso en las filas insurrectas; el abatimiento que de él se apoderó cuando supo de los casi inertes labios de su cuñado que el hombre que estaba en aquella noche de Navidad en el cuarto de doña Mercedes, era él mismo, ¡el hermano que de ella se despedía!, la entrega del escapulario que le hizo el moribundo capitán ignorando la terrible muerte de su hermana, para que ¡él! ¡el asesino! lo volviese á colocar en el pecho de doña Mercedes.

Aquel escapulario desde entonces doblemente sagrado, lo conservaba don Arturo como una santa reliquia.

Los viajes que el desesperado padre hizo, recorriendo casi la España entera buscando á sus hijos y la inutilidad de sus esfuerzos.

Su vuelta á Cuba donde se entregó de un modo febril á operaciones financieras, con el capital que había heredado de sus padres, y la suerte loca que en

ellas tuvo; sus horribles delirios; el lenitivo que para sus tremendas torturas era la presencia de Lolita; los medios criminales que puso en práctica para explotar la afición á las peleas de gallos que dominaba á don Pedro, con el objeto de arruinarlo y exigir después la mano de su hija, niña que tenía el raro privilegio de alejar las horrendas remembranzas del enfermo cerebro del banquero; y por último el nuevo crimen moral que estaba dispuesto á realizar, á no haber sido cobijado á tiempo por su hermoso é inolvidable ángel de la guarda, su amantísima y adorada esposa.

Todo esto que solo en síntesis hemos dicho, constituía las deliciosas pláticas, en las que se complacían detallando cada uno de los hechos consumados durante el largo tiempo que tuvieron separados á los amantes esposos, las consecuencias naturales de la escena trágica en Madrid desarrollada.

Una de las tardes, don Arturo dijo á su esposa: Necesito para completar la gran dicha que disfruto en la actualidad, impedir sea turbada mi memoria por importunos recuerdos y al efecto voy á realizar dos actos, uno de los cuales solo es en realidad justa devolución

de lo estafado con más ó menos legalidad; el otro será un consuelo para mi alma y merecido premio para un ángel.

Doña Mercedes al oír á su esposo no pudo contenerse y abrazándole dijo conmovida: Cuán en lo cierto he estado siempre al afirmar, que aún cuando á veces causas fortuitas hicieron aparecer tu modo de ser de manera enojosa, tu alma era poseedora de nobilísimos sentimientos.



CAPITULO XXXII

EL PRIMER PLEITO

No fueron infructuosas las cavilaciones del señor Ustariz, tratando de encontrar los medios de reponer su mercado capital, pues le sugirieron varias ideas para realizar algunos negocios financieros cuyos felices resultados, le permitieron emprender con vigoroso impulso la reconstrucción de su Ingenio.

Mientras don Pedro rehacía su fortuna rápidamente, Lolita y su apasionado Carlos pasaban deliciosas veladas complementando en agradables conversaciones los halagüeños proyectos que habían tenido principio en la casa del mayordomo del Ingenio.

No pudiendo mantener el propósito que el año anterior habían hecho en el Ingenio, pues que los excepcionales acontecimientos ocurridos obligaron á los jóvenes á revelar sus amorosos sentimientos, decidieron mantenerse firmes, en no querer ni oír hablar de bodas, sin explicar el motivo, hasta que los deseos de Carlos de defender y ganar el primer pleito no se hubiesen realizado.

Este secretito tenía un enemigo formidable.

Clarita, á quien Lolita consideraba como una verdadera hermana, no tardó mucho en saber el capricho de los novios, y el mismo día que ella lo supo conocieron el tal caprichito don Arturo y su esposa.

Una noche, la risueña cara de Carlos anunció á la enamorada doncella le iba á ser comunicada la gran noticia.

—Ya está el pleito en mi bufete.

—¡Sí!

—Hoy mismo he empezado á estudiarlo.

—Por supuesto que lo ganarás.

—No faltaría otra cosa siendo él la base de mi felicidad.

—¿Lo concluirás muy pronto verdad?

—Aun no está como quien dice en planta, y ¿yá quieres que se concluya?

—Si tú no lo deseas.

—¡Yo!, mañana mismo entablo las negociaciones, y he de apurar tanto á los tribunales que antes de quince días estará finiquitado, para que sin perder tiempo nos casemos al día siguiente.

—La elección del día para la boda, corresponde á papá.

—Verdad, es lo tratado.

El tal pleito era un asunto especial que don Arturo había urdido con la cooperación de dos de sus corresponsales, para complacer los deseos de su hija que quería contribuir á la pronta realización del casamiento de su nueva queridísima hermana.

Los litigantes en apariencia, demostraron convencerse con las razones que muy seriamente les exponía el novel Licenciado y consintieron en no llevar adelante ¡el ruinoso litigio!

Carlos creyó haber obtenido un triunfo.

A los dos días le decía á Lolita.

—Debes avisar á tu papá.

—¿Para qué?

—Para que se digne indicarnos el día de la boda.

—¡¡Ya has ganado el pleito!!

—Mejor aún, no se ha realizado.

—Entónces.

—He convencido á las partes y se avienen á un arreglo amistoso.

Les demostré como tres y dos son cinco, de lo desastroso que podría ser el pleito, y el satisfactorio resultado por mí obtenido es mucho más brillante que haber ganado el pleito, caso de que mi elocuencia hubiera sido inútil para evitarlo.

Lolita se sintió orgullosa del talento de su novio.

—¿Pero no avisas á papá?

—Como no, enseguida. Papá, papá.

—Que hay de nuevo, contestó don Pedro.

—Ven, ven pronto, apresúrate.

—Aquí estoy.

—Como mi señor futuro es capaz de ganar pleitos y más aún que ganarlos, puedes señalar día para la boda de don Carlos Suárez y la señorita Dolores Ustariz.

—Ola, ola, ya vamos llegando eh, conque Carlitos es capaz de ganar y más aún (esto no lo entiendo muy bien pero no importa)..... el día de la boda eh....¿de modo que se concluyó el secretito?..... Pues ahora me toca á mí ser misterioso.

Aparentando gran seriedad y ahuecando la voz dijo: A su debido tiempo sabreis mi determinación.

—¡Papá! ¡papaito!

—¡Don Pedro! ¡papá!

—Nada, nada yo también.....

—Tú, tú vamos á ver si te atreves á ver una lagrimita.

—¡Eh! ¡eh! ¡cómo! que has dicho.

—U na la gri mi ta.

—U na la gri mi ta.

Don Pedro se vió obligado á reir y se fué á su despacho después de haber indicado el día á gusto de los novios.

Estos no tardaron en engolfarse en el eternamente nuevo, é invariable tema del yo te amo, tu me amas, nosotros nos amamos y.....



CAPITULO XXXIII

TRANQUILIDAD DE CONCIENCIA

Muy entretenido estaban don Pedro y su hija, hablando de los preparativos necesarios para la boda, conversación inacabable de Lolita desde hacía algunos días, cuando Pancho les anunció que un señor Teniente y una señorita muy elegante pedían autorización para ser recibidos.

—Ya está Enrique dispuesto á hacer alguna de sus humoradas, dijo Lolita y añadió: Diles á la elegante señorita y al señor Teniente que les concedemos el alto honor de aceptarlos á nuestra presencia.

En cuanto se vieron los dos jovenes, corrieron á abrazarse cariñosamente.

No es posible, dijo Enrique, mantenerse con la prosopopeya que requieren las circunstancias, cuando se ven estas loquillas.

—Agradeciendo la galantería señor ínfulas.

—Poco á poco señorita, cuidado con los calificativos. Hoy venimos á esta casa, mi hermana con el carácter de enviado extraordinario, y yo con el de em-

bajador, para solventar unos asuntos de un señor cadáver vivo.

—¿Cómo se entiende eso de cadáver vivo? preguntó don Pedro.

—Pues eso se entiende de un difunto, muerto, que no se deja enterrar.

—Pero papá ¿no conoces aún á este gracioso?

—Vamos á ver si te explicas con más claridad.

—Pues señores, debo decirles que un tal don Jerónimo no sé cuantos, me ha encargado al tiempo de hacer su maleta para el otro mundo, le devolviera á don Pedro Ustariz este paquetito, porque según el dicho señor don Jerónimo parece no se usan por aquellos andurriales tal clase de documentos, y en esta tierra solo sirven para acreditar mi carácter de embajador.

Acto continuo colocó en las manos de don Pedro un abultado paquete.

—Ahora me toca á mí, dijo Clarita.

—¿También en representación de cadáveres, muertos, difuntos que no se dejan enterrar?

—No, yo trataré de cumplir el encargo de un señor que hasta hace poco tiempo era esclavo de terribles recuerdos y tratando de buscar un lenitivo para ellos, estuvo muy cerca de realizar

un gran crimen; y para su tranquilidad de conciencia, suplica á la señorita Dolores Ustariz demuestre su angelical corazón, renovando el juego que en años pasados fué el alivio de sus pesares, en el caso de que la niña en cuestión no le guarde mala voluntad, cosa que él cree imposible en la encantadora propagandista del juego de la limosnita.

Para el efecto me encargó pusiera en manos de la hechicera niña este pequeño documento.

Lolita recibió un sobre que contenía una letra de cambio contra el banquero don Arturo Ledesma por valor de veinte mil pesos y veinte pesetas especiales.

Debo añadir, se apresuró á decir Enrique, que el tal señor á quien representamos mi hermana y yo; y una señora muy buena, muy cariñosa y muy santa, que adora á Lolita, se verían en la imposibilidad de presentarse ante ustedes, en el caso de que á don Pedro y su hija se les ocurriese no aceptar esos papelorios.

Para que don Arturo Ledesma pueda según él mismo confiesa, tener tranquilidad de conciencia, es preciso que no se cierren para él y su señora las puertas de esta casa.

Padre ó hija quedaron mirándose un rato sin saber qué hacer.

El silencio se iba haciendo molesto.

—Papá, dijo resueltamente Lolita, tenemos obligación de consolar á los afligidos y hacer que sus penas desaparezcan.

—¡Hija mía! así te quiero; demostrando siempre tu gran corazón. Vamos, vamos á dar un abrazo á tan generosos amigos.

—¡Vivan los padres de tales hijas, y las hijas de tales padres, y el corazón del ángel de caridad!, exclamó Enrique entusiasmado.

Los cuatro fueron enseguida á la morada de don Arturo, y se afianzó para siempre la amistad de aquellas dos familias, aceptando los esposos Ledesma, el ser padrinos de la próxima boda de Lolita.



CAPITULO XXXIV

UN REGALO DE BODA

En la casa de don Arturo Ledesma, era inalterable la dicha y el bienestar.

Se hacía imposible estar al lado de Enrique sin que la risa retozara en los labios de quienes tenían el gusto de gozar de su siempre festiva conversación.

Con mucha frecuencia se realizaban alegres y cariñosas escenas familiares en el venturoso hogar del rico banquero.

En una de ellas estaban cuando avisaron á Enrique de que le solicitaba el negro Pancho.

—Don papá, doña mamá, señorita hermana: el importante personaje que solicita una audiencia de mi ilustre personalidad me obliga á privaros por breves momentos, sigais en la agradable contemplación de todo un señor teniente.

—¿Qué hay Pancho? ¿qué deseas?

—Siñó tiniente, yo quisiera pedile á uté un fabó.

—Ya estás diciendo cual es el favor.

—Nosotro lo criaos y toita la dotación del Igenio queremos jasé un regalo á la niña Lolita é día de su casamiento.

—La idea es superior.

—Pero no sabemo qué cosa regalale, y como uté é tan sabichoso, toítico é mundo ma dicho que le preguntara á siñó tiniente qué cosa íbamo á regalale á la niña Lolita.

—Pues la cosa no puede ser más sencilla.

—¿Qué cosa?

—El regalo.

—Bamo á bé, qué regalo.

—Un cuadro bien pintado, en el cual se representen muchos negros y Lolita entre ellos repartiendo limosnas; debajo, un letrero que diga: El Angel de Caridad.

—A já, uté bé, eso mimo desía yo, é desí yo pensaba que había de sé ago como un cuadro pintao.

—Y dígame siñó tiniente ¿yo también taré pintao?

—Hombre, hombre, eso ya es harina de otro costal.

—Bueno ya beremo. ¿Y cómo se bá á jasé é cuadro.

—Precisamente hay ahora en la población un artista de fama; vas á su casa, le comunicas la idea, y él se encargará de lo demás.

—¿Y pa ese cuadro po supuesto será presiso mucho dinero.

—Por el precio no te apures; si no

alcanza el que tenéis aquí estoy yo para daros el que os falte.

—¡Bueno! ¡bueno! ¡manífico!

Pancho se fué contentísimo para comunicar á sus compañeros tan buena noticia.

En aquellos días, no cesaban los corrillos entre los negros, los empleados del Ingenio, los arrendatarios y todos los amigos de la encantadora Lolita.



CONCLUSION

Llegó por fin el tan deseado día por Carlos y Lolita.

Desde muy temprano afluyeron al Ingenio numerosos amigos, deseosos de asistir á la boda que habían de apadrinar los opulentos esposos Ledesma.

La ceremonia, por complacer á Lolita, había de verificarse en la ceiba del bohío de la sabana, lugar en que la niña había sufrido las más grandes aflicciones y ahora iba á ser el mudo testigo de su mayor dicha.

A la hora indicada, todos se dirigieron al sitio fijado y al pié de la ceiba, convenientemente preparada, se celebró la sagrada ceremonia.

Al terminarse ésta y de vuelta ya al Ingenio, llamaron la atención los alegres ladridos de un perro; era *Sultán* que á su modo contribuía al regocijo general.

Cerca del Ingenio estaban la dotación y criados de don Pedro y á la cabeza de ellos Pancho, quien arrodillándose delante de Lolita, le entregó el cuadro que habían mandado pintar.

Todos celebraron á porfía á la gentil desposada y durante el día que se pasó

en variadas diversiones y en las que no tuvo límites la alegría, se oyeron con muchísima frecuencia vivas á Lolita y al Angel de Caridad.

FIN DE LA NOVELA

INDICE

	PÁG.
<i>Dos palabras</i>	III
<i>Prólogo</i>	I
Cap. 1— <i>La casa de don Pedro</i>	21
2— <i>El asalto</i>	25
3— <i>Traslación al Ingenio</i>	33
4— <i>El Angel de Caridad</i>	37
5— <i>El veinte y nueve de junio</i>	42
6— <i>Continuación del anterior</i>	45
7— <i>Las entrevistas</i>	49
8— <i>La carta</i>	52
9— <i>Don Jerónimo</i>	55
10— <i>Dos buenos amigos</i>	59
11— <i>Los cantadores</i>	67
12— <i>Decisión</i>	73
13— <i>Amor patrio</i>	77
14— <i>Continuación del anterior</i>	84
15— <i>El delirio</i>	91
16— <i>La sagrada reliquia</i>	95
17— <i>Las peleas de gallos</i>	93
18— <i>El correo negro</i>	105
19— <i>Una hija modelo</i>	111
20— <i>Una familia casi feliz</i>	116
21— <i>A operaciones</i>	121
22— <i>Un episodio histórico</i>	128
23— <i>Asistencia irremplazable</i>	133
24— <i>Desaparece la inminencia del peligro</i>	138
25— <i>Precauciones</i>	143
26— <i>De bien á mejor</i>	148
27— <i>La petición de don Jerónimo</i>	154
28— <i>Nobles corazones</i>	159
29— <i>Sufrimientos</i>	163
30— <i>En busca de la dicha</i>	167
31— <i>En familia</i>	173
32— <i>El primer pleito</i>	179
33— <i>Tranquilidad de conciencia</i>	184
34— <i>Un regalo de boda</i>	188
<i>Conclusión</i>	191
<i>Indice</i>	193
<i>Advertencia</i>	195

ADVERTENCIA

Además de algunas faltas en la acentuación y puntuación, hay en la presente obra varias palabras escritas con g, como: ginete, viage, pasage, etc., que deberían estarlo con j; otras en las cuales se ha puesto s, por x, y vice-versa.

Respecto á los cambios de letras y hasta faltas de sílabas en algunas palabras, no dudamos serán subsanados tales errores, por la inteligencia del lector.

